EL DIARIO

La Paz, Domingo 11 de Octubre de 1953.

AMERICA vista por VALLE INCLAN

por BENITO VAREA JACOME

DESDE hace más de un siglo, América es una constante sugestión para los gallegos, una prolongación de sus tierras del Noroeste español. Un desasosiego ancestral impulsa a los aldeanos de Galicia a tentar la curva del mar, a buscar ventura en tierras cubanas, argentinas, brasileñas, venezolanas. Emigra la moza que perdió la esperanza de casarse; emigra el mozo que tuvo una reyerta en la romería de la aldea; el marido con el afán de reunir dinero para comprar unos prados y levantar una casa frente a la iglesia rural. Emigran los que viven mal, los que quieren mejorar de fortuna, los que aspiran a comprar las fincas que trabajan. Emigran, algunos, para experimentar el placer del regreso.

De esta sugestión se han hecho eco los poetas, convirtiendo en tópico las penas, la saudade y las fatigas de los emigrantes. Nuestros novelistas también abordan con frecuencia el tema, pero le dan más amplitud, se ajustan más a la realidad, nos ofrecen una visión más directa.

EL CLIMA MEJICANO DE "SONATA DE ESTIO"

Don Ramón del Valle Inclán nos ofrece una doble visión de América en las novelas **Sonata de Estío** y **Tirano Banderas**. Valle conoció personalmente el ambiente; sus viajes a Méjico le sirvieron de base para fantasear en las tertulias madrileñas. Se atribuye el grado de Coronel General de los Ejércitos de Tierra Caliente. Inventa una historia para explicar la pérdida del brazo. Pasea con un poncho mejicano por las calles de la Corte. Cuenta hechos inverosímiles como éste, reproducido por Gómez de la Serna

— "Una vez, en tierraz de América o como zi dijeramoz en Indiaz, zalí de la ciudad pazeando por el campo. Como yo me trago laz leguaz, me zorprendió la noche lejoz del poblado a la orilla de un lago, ya en tierraz de zalvajez. Allí me zenté a dezcansar en un tronco, verdozo, como lleno de muzgo. Pero, al poco rato noté que el tronco se movía. Otro cualquiera ze hubieze azuztado. Yo no. Me fijé y ví que me había zentado zobre un caimán. Y como yo conozco laz coztumbrez del zaurio le puzo un dedo zobre un ojo, que ez la manera de guiarlez y azí montado en él, me condujo hazta laz puertaz de la ciudad".

Hace el primer viaje a Méjico a principios de 1892 Se embarca en El



Havre. No sabemos con certeza los motivos que le indujeron a este viaje. En Veracruz tenía unos parientes dedicados al comercio; él mismo habla de unos amores desgraciados, pero otras veces dice en las tertulias madrileñas: **Decidí irme a México, porque Méximo se escribe con equis.**

Su llegada a Veracruz coincide con la publicación de un artículo periodístico en el que se ataca a los españoles, **desde Hernán Cortés hasta el último llegado.** Valle se presenta en la redacción, protestando. Los redactores abusan de su superioridad y le ponen en la calle. Pero Valle entra por la otra puerta, sorprende a los agresores y no da descanso a su bastón "hasta provocar la huída del enemigo".

En Méjico nace verdaderamente la vocación literaria del autor de las Sonatas; allí da a la imprenta en el mismo 1892 **Octavia**, y en 1893, **La condesa de Cela**. Pero, sobre todo, descubre en aquel ambiente nuevos colores a la vida, nuevas pasiones, nuevas costumbres. Y al regresar a España, en 1893, recoge sus recuerdos de **La Niña Chole.**

Las versiones que nos deja Valle Inclán de sus andanzas están concebidas con fantasías, siguiendo los postulados modernistas, con influencias del poeta mejicano Salvador Díaz Mirón, la estética rubeniana, los franceses Baudelaire y Barbey d' Aurevilly, los historiadores y los cronistas de Indias.

En torno a este viaje fantasea en su autobiografía, publicada en "Alma Española", en 1903.:

"Este que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: don Ramiro María del Valle Inclán..

Estuvo el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fuí hermano converso en un monasterio de cartujos y soldado en tierras de la Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Como los capitanes de entonces, tengo una divisa y esa divisa es como yo, orgullosa y resignada: "Desdeñar a los demás y no amarse a sí mismo".

El marqués de Bradomín va buscando, también, olvidó a unos amores desgraciados, pero al mismo tiempo siente la tradición aventurera de todo su linaje. En las costas mejicanas le sugestionan desde el primer momento los crepúsculos y vespertinos: **El mar de las Antillas, con su trémulo seno de esmeralda donde penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como fascinan los ojos verdes y traicioneros de las hadas que habitaban los palacios de cristal en el fondo de los lagos** (

El Marqués se traslada a la costa en una barca movida por un negro que mueve los remos lentamente, que sonrié con sus labios gruesos de gigante o silba aires cargados de delicioso sopor. Recorre las calles arenosas de Tuxlan, solitarias, dormidas, con la sensación de angustia, de sed y polvo Y mezclados con las notas de color, el matiz modernista, la atrayente voz de las criollas, ataviadas con graciosa ingenuidad de estatua clásica.

Bajo un calor sofocante recorre extensas llanuras, plantíos de henequén y caña dulce, por sendas rojas y polvorientas, mirando a los indios que comen buscando la sombra de los chaparros. En los palacios y templos derruídos de Tequil descubre la poderosa sugestión de la Niña Chole, que encenderá todas sus andanzas en Tierra Caliente.

El ambiente tiene estilizadas claridades en la prosa valleinclanesca: en el campo que se hunde lentamente **en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente.** Y en la visión del anochecer: **El horizonte relampagueaba. Un vago olor marino, olor de algas y brea, mezclábase por veces al mareante de la campiña, y allá, muy lejos, en el fondo oscuro de Oriente, se divisaba el resplandor rojizo de la selva que ardía. La naturaleza lujuriosa y salvaje, aún palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera fecunda. En aquellas tinieblas pobladas de susurros nupciales y de moscas de luz que danzan entre las altas yerbas, raudas y quiméricas, me parecía respirar una esencia suave, deliciosa, divina. .**

Su primer choque con un indio está magistralmente descrito. Se le presenta en el camino nocturno de la playa, ofreciédose como guía o pretendiendo presentarle a una chinita. **pero de pronto se interrumpe y con un salto salvaje plántaseme delante en ánimo y actitud de cerrarme el paso: Encorvado el sombrero en una mano a guisa de broquel, la otra echada fieramente atrás, armada de una faca ancha y reluciente. Confieso que me sobrecogí. El paraje era a propósito para tal linaje de asechanzas: Médanos pantanosos cercados de negros charcos donde se reflejaba la luna, y allá lejos una barraca de siniestro aspecto, con los resquicios iluminados por la luz de dentro. Quizá me dejo robar entonces si llega a ser menos cortés el ladrón y me habla torvo y amenazante, jurando arrancarme las entrañas y prometiendo beberse toda mi sangre. Pero en vez de la intimación breve e imperiosa que esperaba, le escuché murmurar con su eterna voz de esclavo:**

— No se llegue, mi amito, que puede clavarse...

Oirle y recobrarme fué obra de un instante. El indio ya se recogía, como un gato montés, dispuesto a saltar sobre mí. Parecióme sentir en la médula el frío del acero: Tuve horror a morir apuñalado, y de pronto me sentí fuerte y valeroso. Con ligero estremecimiento en la voz grité al truhán adelantando un paso, apercibo a resistirle:

— ¡Andando o te dejo seco!

El indio no se movió. Su voz de siervo parecióme llena de ironía:

— ¡No se arruge, valedor!... Si quiere pasar, ahí merito sobre esa piedra, arrié la plata. Andele, luego, luego.

Otra vez volví a tener miedo de aquella faca reluciente. Sin embargo murmuré resuelto:

..— Ahora vamos a verlo, bandido!

En el viaje hacia Veracruz, la fragata dobla la isla de Sacrificios. En aquella playa desembarcaron, antes que pueblo alguno de la vieja Europa, los conquistadores españoles. Sobre un desierto islote de granito la sombra del castillo de Ullúa; a lo lejos la cordillera del Orizaba, con su blancura destacándose en el azul.

Al partir de Veracruz se esfuma la costa **unas veces plana y otra ondulada en colinas. Y a la vista de Grijalba la atmósfera vuelve a tener el mismo temblor tropical: Percibíanse en el aire estremecimientos voluptuosos. Reía el horizonte bajo un hermoso sol. Ráfagas venidas de las selvas vírgenes, tibias y acariciadoras como aliento de mujeres ardientes, jugaban en las jarcias, y penetraba y enlanguidecía el alma el perfume que se alzaba del oleaje casi muerto.** Y este sopor es sustituído, seguidamente, por una estampa directa: **Grijalba, vista desde el mar, recuerda esos paisajes de caserío inverosímil que dibujan los niños precoces: Es blanca, azul, encarnada, de todos los colores del iris. Una ciudad que sonríe** Algo extraño resulta que sus azoteas enchapadas de brillantes azulejos y sus lejanías límpidas, donde la palmera recorta su **gallarda silueta que parece hablar del desierto remoto, y de caravanas fatigadas que sestean a la sombra propicia** (5)

Pero, además, contribuyen a confirmar este clima tropical una serie de notas ambientales inconfundibles. No falta la canoa de un indio que rema sentado en la proa. Los bosques de gigantescos árboles. Charros haciendo sonar las pesadas y suntuosas espuelas, derribados gallardamente sobre las cejas aquellos jaranos castoreños entoquillados de plata. Indios ensabanados como fantasmas, **humildes y silenciosos, apagando el rumor de sus pisadas.**. Jarochos armados con pistolas y machetes al cinto. Léperos con gallos de pelea. Cabalgatas de criollos y mulatos. Las ferias de Grijalba, con ondular de hombres y cabalgaduras, en la que coloca ciegos y tullidos como en las ferias de Galicia. Y al lado de todo este mundo percibido directamente, la visión retrospectiva. **"¡cuán bellos me parecen todavía esos lejanos países tropicales! Quien una vez los ha visto, no los olvidará jamás. Aquella calma azul del mar y del cielo, aquel sol que ciega y quema, aquella brisa cargada con todos los aromas de Tierra Caliente... Mi pensamiento rejuvenece hoy, recordando la inmensa extensión plateada de este Golfo Mejicano que no he vuelto a cruzar. Por mi memoria desfilan las torres de Veracruz, los bosques de Campeche, las arenas de Yucatán, los palacios de Palenque, las palmeras de Tuxtlán y Laguna...** (7)

Después que el general Diego Bermúdez rescata a su hija, la Niña Chole, el marqués de Bradomín se dirige hacia los llanos de Tixul, por un paisaje distinto, a través de grandes dunas, negros arenales, parajes yermos, sin brisas ni murmullos. En el lago bordeado de mimbrales, el sol pinta una estela de oro. Llega el amizclado olor de los cocodrilos apostados fuera del agua.

En un descampado de yerba, en torno a las hogueras, vagan figuras negras; son jarochos mitad bandoleros, mitad pastores, que se dirigen con sus rebaños a las ferias de Grijalba. **Al vernos llegar de todas partes acudían hombres negros y canes famélicos. Los hombres tenían la esbeltez que da al desierto y actitudes. de reyes bárbaros, magníficas, sanguinarias...".**

En realidad Valle Inclán no ha profundizado en este ambiente de **Sonata de Estío. Hay más bien una** actitud estética al rodear la acción erótica de un escenario pintoresco, lleno de colorido exótico; se esfuerza en reflejar la luz y los matices, pero no entra esa intensa preocupación humana que encontramos en **Tirano Banderas.**

El esfuerzo de ambientación de **Sonata de Estío**, está enriquecido por el empleo de voces americanas de uso corriente en Méjico, tales como: hipil, chinita, merito, ándela, niño, Nachón, arrugarse, valedor, luego luego, danzón, canoas, dilatarse, pandejo, horita, punta, plateado, caballerango, jacal, zopilote, zarape, jarocho, charros, platicar, manís, sinvergüenza, nos vemos y pues y quien sabe.

"TIRANO BANDERAS", SINTESIS DE AMERICA

Valle Inclán, hace su segundo viaje a Méjico en 1921. Siendo Alfonso Reyes encargado de negocios de Méjico en Madrid, invita a don Ramón para asistir a las fiestas conmemorativas de la fiesta del país; también el presidente Obregón quiere que asista como huésped de honor. Llega a la capital mejicana en el mes de septiembre. Se hospeda en el hotel Regis; suele cenar en el Globo, restaurante de lujo en la avenida Madero. Frecuenta los cafés españoles, asiste a una fiesta literaria en el teatro Principal, da una conferencia en el anfiteatro de la Escuela Preparatoria de la Universidad. La revolución mejicana impresiona fuertemente a Valle. El presidente Obregón le dedicó su libro **Ocho mil kilómetros de campaña**, que serviría a Valle para documentar de algún modo su apología del Méjico revolucionario. Se indispone durante esta estancia con la colonia española. Pero nada hace allí por ganar dinero

Cinco años más tarde publica **Tirano Banderas.** Antes había dado a conocer algunos fragmentos en lecturas íntimas y publicara los primeros capítulos en la revista salmantina "El estudiante" en 1925.

Tirano Banderas es el fruto maduro de sus obras sobre América. El cambio de actitud en esta novela es completo, con respecto a **Sonata de Estío.** El paisaje, los tipos, las costumbres, son de arquitectura mejicana. Pero, además, **Santa Fe de Tierra Firme** es —como dice Henríquez Ureña **una América en síntesis.** Bien puede ser Méjico en un medio de costumbres y lenguajes más amplios que el nacional.

A través de las páginas se funden varios elementos al arbitrio del autor; pero por la naturaleza de los escenarios de la novela corresponde a Méjico. A través de sus experiencias en el país le llega el apoyo histórico y ambiental. El Méjico revolucionario que derrota a Porfirio Díaz, puede verse en el caudillaje, en las banderías políticas, en la redención del indio que trabaja los latifundios y las minas, bajo el látigo del capataz, en las ideas del orador revolucionario don Roque Cepeda sobre la esclavitud de la encomienda. Sin embargo, Tirano Banderas, el eje de la novela, no corresponde exactamente a aquel dictador; es una mezcla de Porfirio Díaz, Santa Cruz, Melgarejo, Rafael Carrera, Manuel Estrada y Rosas. Valle Inclán funde en la novela todas sus experiencias del Nuevo Mundo. Además de los viajes a Méjico, en 1893, había estado en un ingenio cubano de Matanzas, y en 1910 había hecho una jira por América del Sur: Argentina, Chile, Paraguay, Uruguay y Bolivia. A través de las páginas de la novela se acumulan una serie de referencias topográficas de varias regiones del continente y de sus islas. También se confunden charros, jarochos, pelados, cholos, rotos, chinas y gauchos. El habla de los personajes contribuye notablemente a localizar la acción; en su dialecto **confluyen deliberadamente formas de expresión de Méjico, de Cuba, del Perú, de Venezuela, de Chile, del Río de la Plata**

El contacto directo del autor con el habla americana está patente en muchos vocablos, empleados con la habilidad de quien los conoce plena y vivamente.

Enma Susana Speratti Piñero ha hecho un completo estudio de **Los americanos en Tirano Banderas**

Se le pueden poner reparos filológicos a Valle, **pero en su habla de América sólo debemos ver un instrumento forjado de realidad y fantasía con que un artista cumple su intención fundamental.** Valle se sumerge en el decir diario y efectúa una selección acorde con la idea capital de la novela. En los diálogos, los americanismos aparecen con verdadera profusión; florecen a cada momento en los labios de los indios, de los rancheros, de los criollos, de los gachupines... y las mismas partes narrativas son, a veces, ricas en giros. El vocabulario valleinclanesco tiene una elevada proporción de mexicanismos. De los cien vocablos y giros de uso muy extendido, alrededor de cincuenta son corrientes en Méjico. En los que pueden señalarse como particulares de una región, unos cincuenta son mejicanos, siete exclusivos de Chile y cinco que pertenecen rigurosamente a la Argentina

Si comparamos el paisaje de Tirano Banderas con el de Sonata de Estío vemos que es más agrio. La visión de los personajes se acerca al esperpento; los matices son chillones, pero a veces el ambiente aparece como mágico fondo, tiene relación con Sonata de Estío: **"La ciudad se encendía de reflejos sobre la marina esmeralda. La brisa era fragante, plena de azahares y tamarindos. En el cielo, remoto y desierto, subían globos de verbena con cauda de luces. Santa Fe celebraba sus ferias otoñales, tradición que venía del tiempo de los virreyes españoles. La ciudad, pueril, tenía una luminosa palpitación, acastillado sobre la curva del Puerto. La marina era llena de cabrilleos, y en la desolación azul toda azul de la tarde, encendida su roja llamarada las cornetas de los cuarteles"** (

Estas estampas se recargan con un contraste de colores. **La calzada de la Virreina tenía un luminoso bullicio de pregones, guitarros, faroles y gallardetes. Santa Fe se regocijaba con un vértigo encendido, con una calentura de luz y tinieblas. El aguardiente y el tacón del indio, la baraja y el baile lleno de lujurias, encandenaban una sucesión de imágenes violentas y tumultuosas**

A veces mezcla notas modernistas, como en esta otra visión nocturna: **Sobre el resplandor de las aceras gritos de vendedores ambulantes: Zigzag de nubios limpiabotas... Vistosa ondulación de las niñas mulatas... Formas, sombras, luces, se multiplican trenzándose, promoviendo la caliginosa y alucinante vibración oriental que resumen el opio y la marhiuana"**

En este clima se mueven como sombras: el ciego lechuzo y la **chamaca fúnebre**, mustia y resignada, pasando la bandeja del petitorio; la pelazón de indios, que transita por las aceras y porches, saludando con una genuflexión el paso del tirano; la romántica doña Lupita; borrachos que frecuentan los congales; chinitas y mulatas... Y del mundo de sombras se destacan, en relieve, unos cuantos personajes pintados de mano maestra. El licenciado Veguillas que se divierte en casa de doña Lupita, hace el bufón ante el Generalito y termina encerrado en Santa Mónica. El coronelito Dominicano de la Gándara que, acusado de traición, pone en revuelo en el congal de la Cucarachita, se fuga por una ventana y, ayudado por el alfarero Zacarías el Cruzado, puede llegar a la laguna de Ticomaipú y al rancho de Filomeno Cuevas (. A Filomeno Cuevas, personificación del criollo ranchero, su familia le aparta de hacer la campaña revolucionaria pero cuando llega el coronelito Gándara pidiéndole el campo federal, arma a las glebas de indios y prepara un desembarco en Santa Fe.

Valle Inclán nos ofrece un panorama de la colonia española en las repúblicas hispano - americanas, y se encarniza con gracia cruel en la pintura. Da diputación que visita al Tirano está formada por **El abarrotero, el empeñista, el chulo del braguetazo, el patriota jactancioso, el doctor sin reválida, el periodista Ramón, el rico mal afamado. Don Celestino Galindo, orondo, redondo, pedante,** su principal representante, habla con aduladoras hipérboles al Generalito, departe con él y mueve los derechos de la colonia ante el Embajador.

El Barón de Benicarlés, embajador de España, está definido con cierta crueldad, tiene la **voz cotorrona** y **el pisar de bailarín. Es lucio, grandote, abobalicado, muy propicio al cuchicheo y al chismorreo, rezumaba falsas melosidades: Le hacía rollas las manos y el papo** (. Además era el escándalo de la colonia y de las legaciones extranjeras, por sus relaciones con Currito Mi - Alma.

El despectivo nombre de **gachupín** sustituye al legítimo de español y en los momentos de exaltación suena a veces el grito de odio:

— ¡Mueran los gachupines!

La pintura de Quintín Pereda, el empeñista, se extrema también. Queda definido en dos escenas: engaña a la chinita al no devolverle la sortija que fué a empeñar y pretender acusarla de ladrona hasta que consigue pagarle sólo nueve soles por una joya que vale quinientos. En su desmedida ambición también se niega a alargarle el plazo del piano al ciego y a la chamaca, sin importarle que queden sin medios de vida.

La india deja así calificados a los españoles:

— De mala tierra venís, para tener conciencia (

Pero además, de la denuncia que Pereda hace a la policía prenden a la chinita y le obligan al abandono de su hijo pequeño, porque la **Dirección de Policía no es una inclusa.** La escena está lograda con crudo realismo.

Cuando el indio Zacarías Cruzado regresaba de guir al coronelito, encuentra su choza vacía, el perro le guía hasta el cenagal donde los cerdos habían devorado la cara y las manos de su hijo. Zacarías mete los restos en un saco y decide tomar tremenda venganza del empeñista Peredita. Le empujaba un pensamiento insistente, dolorido, inseparable, taladrándole las sienes. Después de una escena de vivo diálogo, le echa el lazo al empeñista, le arrastra atado a su caballo, y oyendo cómo el cuerpo rebota en los guijarros **consuela su estoica tristeza indiana**

Pero sobre todo el cosmos humano de la novela se levanta la gigantesca figura de Santos Banderas. El Generalito había hecho la guerra a los españoles en el Perú; desde entonces tenía **la costumbre de rumiar coca, por donde en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla de verde veneno.** Frecuentemente el novelista gallego lo presenta **inmóvil, taciturno, agaritado de perfil en una remota ventana**; aquí, vigilando las escuadras de indios, **era el garabato de un lechuzo.** Y las tintas grotescas se recargan; **parece una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo**, un pájaro nocherniego, una momia indiana. Al mascar la coca, produce un desagradable **chac, chac.** Sus gestos están perfectamente medidos: anda con paso de rata fisgona; hace cortesías inclinando con gesto mesurado la figura de palo. Para Santos Banderas, la revolución representaba la ruina de la economía del país. El ideal revolucionario de hacer al indio dueño de la tierra, era una utopía. Al hablar de estas prerrogativas podemos recordar la opinión que tenía del indio don Celes, cuando defendía al tirano: **El indio es naturalmente ruin, jamás agradece los beneficios del patrón, aparenta humildad y está afilando el cuchillo: sólo anda derecho con el rebenque. Es más flojo, trabaja menos y se emborracha más que el negro antillano**

Las escenas de horror de la revo-



lución culminan en la descriptiva viva del fuerte de Santa Mónica, que en las luchas revolucionarias sirvió de prisión a los reos políticos. Tenía una leyenda de aguas emponzoñadas, reptiles y cepos de tormento. Se levantaba sobre los arrecifes de la costa, **frente al vasto mar ecuatorial, caliginoso, de ciclones y calmas.**

Pero el final del Tirano se acerca, Se confunden las tropas revolucionarias, se apriximan tumultos de póivora, incendios, campanas, toques de corneta. Al alba, las partidas revolucionarias y los batallones sublevados en los cuarteles de Santa Fe cercan la residencia presidencial. Parte de sus soldados se pasan. Los cañones abren brecha para el asalto. Tirano Banderas se juzga perdido y vive la trágica escena final de su existencia. En este mundo de muñecos sangrientos, de fuerzas impulsivas, de contrastes llenos de violencia, destaca el cuadro, en la que Tirano Banderas, da muerte a su hija para evitar que caiga en poder de los enemigos. **Las mucamas suplicaban despavoridas, pero Tirano Banderas las golpea en la cara:**

— ¡So chingadas! Si os dejo con vida, es porque habéis de amortajármela como un ángel.

Sacó del pecho un puñal, tomó a la hija de los cabellos para asegurarla y cerró los ojos. Un memorial de los rebeldes dice que la cosió con quice puñaladas ( ).

Después salió a la ventana y cayó acribillado a balazos. **Su cabeza, befada por sentencia, estuvo tres días puesta sobre un cadalso con hopas amarillas, en la Plaza de Armas: El mismo auto mandaba hacer cuartos el tronco y repartirlos de frontera a frontera, de mar a mar. Zamalpoa y Nueva Cartagena, Puerto Colorado y Santa Rosa del Tipipay, fueron las ciudades agraciadas.**

Este último capítulo de Tirano **Banderas, está relacionado con el fin** trágico de Lope de Aguirre y su hija, relatado por Toribio Ortigueira en la **Jornada del Río Marañón** y por Francisco Vazquez en **Relación verdadera de lo que sucedió en la jornada de Omagua y Dorado.** Pero estas fuentes están utilizadas con una técnica peculiar, en la que campea el estilo inconfundible de Valle Inclán. (23).

BALADA DEL QUE NUNCA FUE A GRANADA

¡QUE lejos por mares, campos y montañas!
Ya otros soles miran mi cabeza cana.
Nunca fuí a Granada.
Mi cabeza cana, los años perdidos.
Quiero hallar los viejos, borrados caminos.
Nunca vi Granada.
Dadle un ramo verde de luz a mi mano.
Una rienda corta y un galope largo.
Nunca entré en Granada.
¿Qué gente enemiga puebla sus adarves?
¿Quién los claros ecos libres de sus aires?
Nunca fuí a Granada.
¿Quién hoy sus jardines aprisiona y pone
cadenas al habla de sus surtidores?
Nunca vi Granada.
Venid los que nunca fuisteis a Granada.
Hay sangre caída, sangre que me llama.
Nunca entré en Granada.
Hay sangre caída del mejor hermano.
Sangre por los mirtos y agua de los patios.
Nunca fuí a Granada.
Del mejor amigo, por los arrayanes.
Sangre por el Darro, por el Genil sangre.
Nunca vi Granada.
Si altas son las torres, el valor es alto.
Venid por montañas, por mares y campos.
Entraré en Granada.

RAFAEL ALBERTI

ELOGIO DE AMADO ALONSO

por

GUILLERMO F. PEREZ DELGADO

EN la cultura española se ha arriado una bandera. El 26 de mayo ha muerto en Arlington Amado Alonso. No hace aún un año que otro gran buscador de saberes y sentires eternos, Pedro Salinas, descansa junto al mar tan entrañablemente suyo de la isla de Puerto Rico, y ya tenemos otro más entre los mejores bajo la tierra y los espinos rojos en flor del cementerio norteamericano de Mount Aubourn.

De 1896 a 1952, del Lerín navarro al Harvard norteamericano, pasando por Madrid, Hamburgo y Buenos Aires, se ha ido haciendo la vida de este excelente español, y con su vida una labor intelectual y cordial cada vez más perfecta e intensa.

Menéndez Pidal, que ha sido su maestro y su guía durante treinta largos años de preparación y trabajo continuo, ha quebrantado con temblor de elegía su solemnidad académica al sentir caer ya en el recuerdo la imagen del discípulo que, mejor que ningún otro, habría de revelarle en el caudillaje de esta larga y fatigosa tarea de los quehaceres espirituales:

"En verdad que el más agobiante peso de los muchos años vividos, es llegar a vivirlos para ver caer a los jóvenes en cuya vida y en cuyos éxitos se tiene puesto el mayor cariño y fe".

UN NUEVO METODO

A Amado Alonso le considerábamos cordial e intelectualmente como un maestro auténtico, como un hombre que exigía urgentemente nuestras inquietudes e insatisfacciones universitarias, y se nos ha marchado antes de habernos dejado el mensaje vivo de su voz.

Yo aconsejaría a mis buenos compañeros, los que estudian el secreto entrañable de la palabra, que relean los libros de Amado Alonso. Sus enseñanzas en Lingüística, en Estilística y en Crítica Literaria, señalan el comienzo de un camino del mejor del que hasta que él no rompió viejas vallas fosilizadas no había recorrido ninguna inteligencia y sensibilidad española.

Amado Alonso fué el primero que con su colección de Estudios Estilísticos, publicados por el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, dió a conocer y aplicó entonces la creación literaria sólo había sido estudiada desde un punto de vista muy positivista: frentes, influencias, biografías, contenido ideológico, etecétra, y cuando se intentaba valorarlas, se recurría a un lenguaje vacío y musical, tejido de exclamaciones y elogios que ocultaba la incapacidad de un método de trabajo totalmente inadecuado. La creación poética era estudiada históricamente, como un documento, en lugar de ser estudiada estéticamente, como un monumento artístico.

Croce, y ya más directamente Vossler, Spitzer, Curtius, Hatzfeld, cambiaron por completo el rumbo de Filología. Amado Alonso captó inmediatamente la importancia de la nueva orientación, y puso todo su empeño en afinar y divulgar los modos de asediar e iluminar —con sensibilidad de artista e inteligencia de científico— la obra literaria.

LA ESTILISTICA

Para Amado Alonso, Estilística es el estudio de lo afectivo en la lengua corriente, de la subjetividad del momento espiritual que engendra la palabra y que es reflejado, rezumado, por ella; y también es la investigación del acento personal en la lengua literaria, para, a través de esta investigación reconstruir lo de dentro del poeta. "Aspira a una recreación estética, a subir por los hilos capilares de las formas idiomáticas más características hasta las vivencias estéticas originarias que las determinaron".

Y más adelante, en las páginas densas que preceden con el modesto título de **Propósito de la Colección** al primer volumen de su Colección de Estudios Estilísticos, nos resume así su prodigiosa clarividencia mental e intuitiva: "se intenta asistir por vislumbres al espectáculo maravilloso de la creación poética".

Resultado de esta actitud son sus trabajos sobre el artículo y el diminutivo castellano, en el plano de la lengua coloquial, y sobre la poesía de Lope, Guillén, Neruda, y la prosa de Valle Inclán, Guiraldes, Larreta, etc., en el plano de la lengua poética. Indagó la originalidad y la espiritualidad de la palabra, el secreto de la creación verbal, y en esto radica su prestigio como renovador de métodos frente a la mentalidad positivista de los que estudiaban y aún siguen estudiando la palabra y el poema como una pieza disecada de museo.

LA DIALECTOLOGIA

Aún en el campo de la dialectología, donde los métodos positivistas se conservan casi intactos, Amado Alonso supo encontrar la brecha para dar entrada a los valores espirituales del hablante. Es ejemplar en ese sentido el estudio que dedicó al habla del gaucho, aplicando el concepto de **Forma Interior del Lenguaje**. Visión subjetiva que el hombre se hace de las cosas, ángulo visual desde el cual el hablante ve y expresa la realidad que le rodea, principio unitario que orienta todo el conjunto de un sistema lingüístico.

En esta "forma interior" el único principio en donde es legítimo buscar las características de una lengua como producto cultural. Así, el hombre de la Pampa que vive de la ganadería, tiene para los animales largas miradas fantásticas, humorísticas, afectivas, estéticas, miradas de identificación y comprensión con lo mirado, mientras para los vegetales tiene una mirada estrechamente utilitaria. En cambio, los serranos de Córdoba distinguen y nombran flor por flor, arbusto por arbusto, mata por mata; y les prestan cuidadoso cariño y nombres estéticos.

Dominaba las técnicas más rigurosas de Filología, desde la Fonética a la Sintaxis; y a esta preparación y a su interés interrumpido por la lengua hispanoamericana se debe la Biblioteca de Dialectología, en la que publicaron varios estudios dialectos hispanoamericanos hechos con una seriedad y perfección que nos demuestran hasta qué punto Amado Alonso respetaba y hacía respetar el rigor de la técnica positivista cuando ésta era necesaria. Sus negociaciones eran siempre afirmaciones en las que procuraba integrar lo verdadero de la doctrina que combatía; por esto es imposible encasillarle en una escuela; trabajó con todos los métodos, aprovechando sus posibilidades, reconociendo sus límites y eludiendo sus fallos. No necesitó apartarse de la escuela de Menéndez Pidal para reconocer y aprovechar las aportaciones de Vossler y Spitzer, pues su cordialidad humana, su armonía mental se espejaban en estos menesteres de su profesión, conjunción de arte y artesanía, y alejaba toda sombra de separatismo —egoísmo— intelectual.

ESTETICA DE LOS GENEROS LITERARIOS

Pero no limitó sus quehaceres al campo, ya de por sí amplio y complejo, de la Estilística, en sus dos vertientes de lenguaje coloquial y del lenguaje poético, sino que también dejó páginas magistrales sobre estética o teoría de los géneros literarios. En el **Ensayo sobre la novela histórica**, que precede al estudio de "El Modernismo y la Gloria de Don Ramiro", expone la diferencia entre la Historia, hacer de hombres individuales, donde se manifiestan las fuerzas creadoras del hombre en lo que tiene de permanente, y la Arqueología, estado social y cultural peculiar de un país en una época dada, despersonalizado, genérico. Entre la Historia, que intuye relaciones entre acciones y sucesos, y poesía, que intuye la presencia del vivir personal con un mínimo de pasado y un máximo de actualidad, con un máximo de vivir personal y un mínimo de ambiente cultural. Entre la Arqueología, residuo de la vida despersonalizada, y la poesía, creación concretísima de vidas personales: "En la tragedia hay una desnuda arquitectura de vidas individuales, con los choques de esas vidas disparadas hacia sus encontrados destinos. ¿Qué lugar hay pagica de la Historia? En la epopeya lara detenerse en la forma arqueolómixtificación del héroe ya es en sí una superación en la Historia en su aspecto **puramente histórico**, y el mito se va cuajando y manifestando en un puro hacer, en una línea de acciones ejemplares que deja dibujada la silueta mítica del héroe con su resonancia nacional... La novela, en cambio, es un modo de literatura que, conforme entra y avanza en el siglo XIX, va atendiendo de manera muy especial al mundo material y cultural —costumbres, ambientes, normas de vivir, instrumental, etc—, en donde transcurren las vidas individuales noveladas: el héroe entre las circunstancias, según palabras de Goethe".

Y a continuación expone la teoría de la novela histórica en páginas cuya claridad y precisión en el asedio y penetración del problema, las sitúa al nivel de las mejores conquistas de la teoría del arte literario.

LA OBRA ESCRITA

Su bibliografía es muy extensa. No podemos señalar sino lo más importante.

Ya en 1926 aparece **La Subagrupación económica del catalán**, al que siguen otros trabajos sobre Valle Inclán, Groussac, Guillén. De 1930 su estudio sobre **Problemas de la dialectología americana**, y de 1935, el trabajo sobre **El problema de la lengua en América**, aparte de otros muchos. En la última época predominan más exclusivamente los estudios estrictamente lingüísticos (**La Argentina y la nivelación del idioma, La identidad del fonema, Una ley fonológica del español, etc.**). Aunque de ese período son también sus ensayos sobre Neruda y sobre la novela histórica.

Fué el fundador de la "Revista de Filología Hispánica" de Buenos Aires, y de la "Nueva Revista de Filología Hispánica" de Méjico. A él, y a Raimundo Lida, se debe también la traducción, para la Editorial Losada, de obras fundamentales de Vossles, Saussure y Bally, precedidas de prólogos magistrales. Así como la creación de la magnífica Colección de Estudios Estilísticos del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.

También es autor, en colaboración con Pedro Henríquez Ureña, de un manual de "Gramática Castellana", orientada hacia la enseñanza media, pero de interés para todos los estudiosos de la lengua castellana.

Recientemente —en 1951— publicó la Editorial Gredos de Madrid, una colección de "Estudios Lingüísticos. Temas españoles", y ya tiene anunciado para muy pronto otro volumen que recogerá los temas hispanoamericanos.

VIDA Y CIENCIA

Esa es, en líneas generales la obra escrita de Amado Alanso. La palabra, la cordialidad, las orientaciones también permanecen; es seguro ya que su proyección en el mundo hispanoamericano ha creado una escuela de filólogos que están revelando, y revelarán cada día más, nuevos aspectos de nuestro patrimonio común. Estas misiones de paz, sobre todo cuando son realizadas por hombres de una integridad como la de Amado Alonso, salvan todas las distancias.

Las teorías de Alonso han sido siempre deducción de la realidad conocida y estudiada; él no ha inventado ideas, las ha arrancado a golpes de paciencia y amor —de oficio—, de los hechos rigurosamente seleccionados por su mentalidad lógica, analítica, de investigador de las ciencias del espíritu, y organizados por su mentalidad intuitiva, integradora, de artista. Esta conjunción de poesía y ciencia explica perfectamente la armonía de su vida y de su obra, y es esta raíz la que hará duradero el árbol de sabiduría —ciencia y amor— que ha dejado plantado en el solar de la Hispanidad.

En el reencuentro actual de España y América, Amado Alonso ha sido uno de nuestros vanguardistas. Es indudable que seguir trabajando y avanzando por el camino que él ha abierto, será el mejor homenaje que le pueden rendir los jóvenes filólogos españoles e hispanoamericanos.



Egloga en Alabanza de Garcilaso de la Vega



UN claro caballero de rocío,
un pastor, un guerrero de relente,
eterno es bajo el Tajo; bajo el río
de bronce decidido y transparente.

Como un trozo de puro escalofrío
resplandece su cuello, fluye y yace,
y un cernido sudor sobre su frente
le hace corona y tornasol le hace.

El tiempo ni lo ofende ni lo ultaja,
el agua lo preserva del gusano,
lo defiende del polvo, lo amortaja
y lo alhaja de arena grano a grano.

Un silencio de aliento toledano
lo cubre y lo corteja,
y sólo va silencio a su persona
y en el silencio sólo hay una abeja.

Sobre su cuerpo el agua se emociona
y bate su cencerro circulante
lleno de hondas gargantas doloridas.
Hay en su sangre fértil y distante
un enjambre de heridas:
diez de soldado y las demás de amante.

Dulce y varón, parece desarmado
un dormido martillo de diamante,
su corazón un pez maravillado
y su cabeza rota
una granada de oro apedreado
con un dulce cerebro en cada gota.

Una efusiva y amorosa cota
de mujeres de vidrio avaricioso,
sobre el alrededor de su cintura
con un cedazo gris de nada pura
garbilla el agua, silenciosa y tañe,
para que no se enturbie ni se empañe
tan diáfano reposo
con ninguna porción de especie oscura.
El coro de sus manos merodea
en torno al caballero de hermosura
sin un dolor ni un arma
y el de sus bocas de humedad rodea
su boca que aún parece que se alarma.

En vano quiere el fuego hacer ceniza
tus descansadamente fríos huesos
que ha vuelto el agua juncos militares.
Se riza ilastimable y se desriza
el corazón aquel donde los besos
tantas lástimas fueron y pesares.

Diáfano y querencioso caballero,
me siento atravesado del cuchillo
de tu dolor, y si lo considero
fué tu dolor tan grande y tan sencillo.

Antes de que la voz se me concluya,
pido a mi lengua el alma de la tuya
para descarriar entre las hojas
este dolor de recomida grama
que llevo, estas congojas
de puñal a mi silla y a mi cama.

Me ofende el tiempo, no me da la vida
al paladar ni un breve refrigerio
de afectuosa miel bien concedida,
y hasta el amor me sabe a cementerio.

Me quiero distraer de tanta herida.
Me da cada mañana
con decisión más firme
la desolada gana
de cantar, de llorar y de morirme.

Me quiero despedir de tanta pena,
cultivar los barbechos del olvido
y si no hacerme polvo, hacerme arena:
de mi cuerpo y su estruendo,
de mis ojos al fin desentendido,
sesteando, olvidando, sonriendo,
lejos del sentimiento y del sentido.

A la orilla leal del leal Tajo
viene la primavera en este día
a cumplir su trabajo
de primavera afable, pero fría.

Abunda en galanía
y en párpados de nata
el madruguero almendro que comprende
tan susceptible flor que un polvo mata
y una mirada ofende.
Nace la lana en paz y con cautela
sobre el paciente cuello del ganado,
hace la rosa su quehacer y vuela
y el lirio nace serio y desganado.

Nada de cuanto miro y considero
mi desaliento anima
si tú no eres, claro caballero.
Como un loco acendrado te persigo:
me cansa el sol, el viento me lastima
y quiero ahogarme por vivir contigo.

MIGUEL HERNANDEZ

GUILLERMO DIAZ-PLAJA Y SUS LIBROS

por ANGEL VALBUENA BRIONES

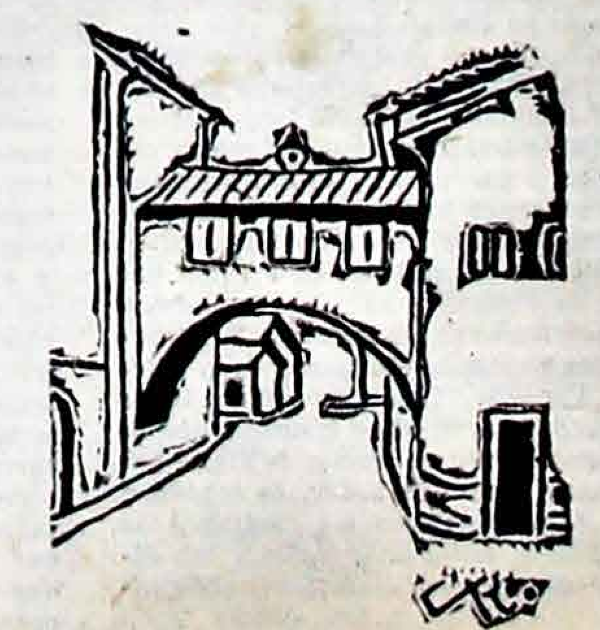
CUMPLESE por estos días veinticinco años del primer libro de Guillermo Díaz-Plaja: "Epistolario de Goya. Paréntesis de..." Muchos de estos paréntesis (que ocupan más de la mitad del libro) se habían publicado ya en dos periódicos barceloneses, donde el entonces estudiante universitario llevaba una sección diaria. Por entonces también Díaz-Plaja empezaba a ser una de las columnas del más intelectual semanario de aquí. Y, en rigor, un "Rubén Darío" suyo se publicaba en enero del año anterior. Pero no era más que un folleto. El libro verdadero fué ese de Goya, cuyo cuarto de siglo nos place recordar. Como también que —todavía bajo el signo "Editorial Mentora"— fué uno de los primeros volúmenes publicados por la que había de ser "Editorial Juventud". Prisaba Guillermo, por aquella hora, en los diecinueve años.



De entonces acá, ¿cuántas publicaciones de todas clases y tamaños han aparecido con la firma de Díaz-Plaja? ¿Qué Editorial prestigiosa de España o de América no tendrá un título suyo en el catálogo? Como a la cupletista, envejece al periodista la precocidad. Pasa por tener más años que el Coso, cuando sus coetáneos están todavía en el vuelo primero. Y la precocidad de Díaz-Plaja fué doblemente grave, de las que no se perdonan fácilmente; porque además de periodista era investigador, era escritor de ensayos. ¡Un ensayista con decinueve años! No se lo han perdonado aún. Y vinieron pronto las cátedras ganadas con el número uno, y el Premio Nacional de Literatura; la Dirección del Instituto del Teatro, la del Conservatorio Nacional de Declamación, el nombramiento de Académico correspondiente de la Española y de Miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas... Mas en el fondo, sigue pagando el escándalo de acumular libro sobre libro durante veinticinco años, y tiene pocos más de cuarenta.

Mayor motivo para que desde esta columna celebremos la efemérides. Y con nosotros Afrodisio Aguado, si para subrayarla le prepara la edición de los "Ensayos completos". De este año jubilar serán también las "Poesías completas" reuniendo seis libros poéticos, primero de los cuales, "vencedor y muerte", galardonado con el Premio del Congreso Eucarístico, de Barcelona, discernido por un jurado que presidiera Paul Claudel. Novedad absoluta será, en cambio, y siempre en este curso, la "Primera antología del poema en prosa en España", libro oportunísimo cuando la poesía actual ya no discrimina entre la prosa y el verso. Una "Defensa de la Crítica", mientras está de moda arrollar desde todos los ángulos a los sufridos críticos. Y una "Breve Historia del Teatro", muy ilustrada, para la afortunada serie de los manuales Telémaco que lanza Ayma.

Añádase un "Martí desde España", que saldrá en La Habana, donde recoge sus trabajos en torno a Martí. Las reediciones de la "Historia de la Literatura Española a través de las críticas y de los textos", que aparecerán contemporáneamente en Cuba, Méjico y la Argentina. Ya la dirección de la magna "Historia de las Literaturas Hispánicas", cuyo tercer tomo —que verá la luz estos días— trae un capítulo suyo acerca de la escuela neoclásica del siglo XVII: los Arguijo y Mosquera, la "Epístola moral a Fabios", los poetas aragoneses. Y los cursos de conferencias y la incansable colaboración periodística. Y el capítulo de los viajes, ése que en este su primer cuarto de siglo de actividad se plasmará en otro de sus libros: "Registro de horizontes".

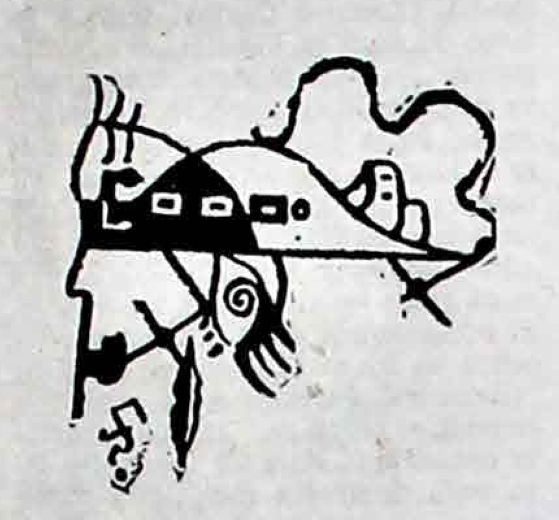


CARTA CON EUROPA EN LOS OJOS, A LUIS ROSALES

CONTEMPLO toda Brujas derramada,
con su mapa de agua, con su cielo
tejido de penumbra y enramada;

contemplo su dibujo como en vuelo
que hacia la lejanía palidece
y acaba allí dudando y en anhelo;

contemplo la mañana, el sol que crece,
la ciudad apagada por la altura
y la historia a mis pies que resplandece.



Querido Luis, atónito, en la anchura
silenciosa de sombras y de espadas,
donde tan sólo el son del alma dura.

Aún quedan en el aire campanadas
vibrando en largas ondas, dulcemente,
de España, y las oímos enterradas.
La minuciosa tierra del presente,
las granjas con su silbo de arboledas,
todo desde esta torre en paz se siente.
Parece como el mar cuando te quedas
mirándole venir, y con su masa
parece que también despacio ruedas.

Querido Luis, atónito, y en brasa
del tiempo que acontece todavía
y en claro con su fecha nos traspasa:

te escribo como a nadie escribiría,
de creyente en España, y casi muda
de rabia y de dolor mi poesía:

en la brisa te escribo más desnuda,
en el soplo inmortal de nuestros huesos,
donde todo mi ser su peso ayuda:

en él están mis versos como impresos,
y mi ambición es más que mi codicia,
porque no son la historia sus sucesos;

querido Luis Rosales, sal nutricia
de una generación que se derrocha
en desvelo de España y su milicia;

te escribo con mi sed, como la atocha,
áspera y delicada en primavera
y reciamente sola en monte y trocha;

te escribo Luis Rosales, porque era
tan bello desde allí, tan en la mano,
el corazón de Europa sin bandera:

te escribo con el vaho del verano,
con el sol en sazón, y con la vista
suspensa hacia lo trémulo y lejano;

toda como rozada de amatista
se repite la mar; el agua besa
la arena, y el pasado se conquista;

por fin nuestro cansancio, en mies espesa,
nuevamente verdea, nuevamente
es igual que un espejo su promesa.

Desde esta limpia torre, y de repente,
sosiego mi ilusión y la navego,
y conquisto el ayer a la corriente;

y aunque es irreversible, no lo niego,
y es voraz hacia Dios haber vivido,
el tiempo se conquista y viene luego;

irrevocablemente no dormido
late mi corazón a cada instante,
y España, España, España, es su sonido;

querido Luis, nuestra pasión constante
ha sido la amistad que no se enfría
y el barbecho de España en mies fragante,

pues condición mortal de cada día
es la resurrección que le acompaña
al que de veras en morir confía.

Te escribo y cada letra se me empaña,
como alba de barranco, en un futuro
de inminencia total, de hondón de España,

bajo esta fiesta oculta de lo oscuro
donde se hace el rocío, y la simiente
alcanza plenitud de bien maduro...
Te escribo, porque estaba tan silente,
tan bello desde allí, tan en reposo,
al hálito de Europa en nuestra frente;

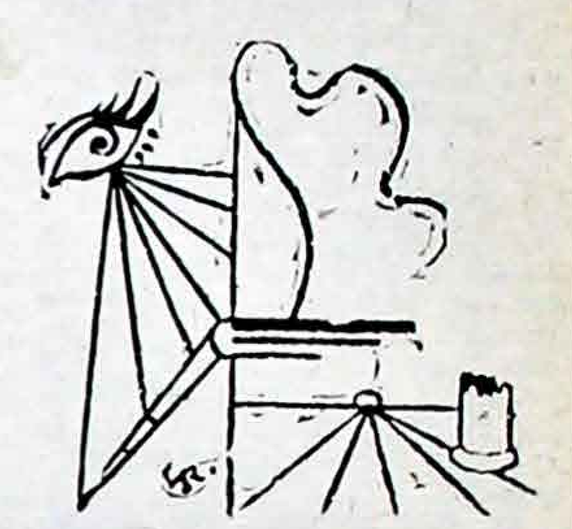
porque era tan unido y tan hermoso
mi paisaje interior, y aquel viaje
nos legaba a los dos tan limpio poso;

porque era, lo vivido y su oleaje,
como un supremo sí de transparencia,
y hambre santa de Europa aquel paisaje.

Arrasados los ojos de inocencia,
viejas de señoría las pupilas,
soñamos el mañana en más que ciencia;

vivimos (como cuentan, las Sibilas)
de nuevo aquella Cruz recién regada
y las olas durmientes y tranquilas.

Querido Luis atónito, no es nada,
no es más que el corazón, y aquí una fecha
y al pie mi firma viva y respirada:
la oscura firma que el cariño echa.



EOPOLDO PANERO

PULSO DE MADRID

HAY capitales con suerte desde el punto de vista literario. Otras, en cambio, son menos favorecidas, menos solicitadas por el fervor de los escritores. Favorecida, de verdad, sobre todas, París. París aparece en las literaturas de todo el mundo con una asiduidad extraordinaria. No han sido únicamente los escritores franceses los que han contribuído al mito literario que es París. Podría decirse que ese mito es tal mito pese a ellos mismos; que lo es, sobre todo, gracias al atractivo que París ha ejercido sobre escritores de todos los países: europeos y americanos. Es hasta extraño encontrarse algún novelista de importancia que no haya tocado el tema parisino de alguna forma: bien como escenario, bien como referencia. Pero París, además, ha sido tema de innumerables obras literarias menores: poemas, artículos. Sobre todo artículos, que son los que, por su ligereza y hasta por su frecuencia, forman las bases de ese gran mito de París.

Londres ha tenido, y tiene, también su literatura. Si la de París es varia, rica, la que gira en torno a Londres es monocorde y tópica, está hecha de niebla y apunta preferentemente hacia lo policíaco: parece como si en Londres no pudiera ocurrir nada que no sean asesinatos. Londres, además, no parece solicitar demasiado la atención de los novelistas ingleses, que parecen preferir o bien la Europa continental o la vieja ciudad provinciana para escenario de sus obras.

¿Y en España? Ciertamente que Sevilla y Granada son los centros máximos de atracción para los escritores extranjeros. Tanto, y tan tópicamente, han abordado el tema que a los escritores españoles parece darles un poco de vergüenza insistir en ellas. Y es que en Sevilla y Granada parece inevitable salir tocando las peteneras del arabismo, la gitanería y el flamenquismo a troche y moche. Barcelona parece agotarse en la evocación, en la gran industria o el noctambulismo del Barrio Chino. Valencia quedó exhausta tras el tratamiento de Blasco Ibáñez. Bilbao se llevó bastante una temporada, singularmente a fuerza de describirla J. A. Z. Santander tuvo de sobra, parece, con Pereda. Y Oviedo, que tras "Clarín" y Pérez de Ayala se había quedado tranquila, vuelve a la actualidad con García Pavón hace unos años, y ahora mismo, con la "Familia Ribero", del último Premio "Nadal".

¿Madrid? Pues Madrid ha tenido literatura. En algunos aspectos, Madrid ha tenido hasta demasiada literatura. Concretamente, Madrid estuvo a punto de fallecer a fuerza de una literatura casticista, seudo-costumbrista, llorona y "folklórica". Una literatura que se apoya siempre en la nostalgia y en la sensiblería, literatura de "aquel Madrid". Como en el caso de Sevilla y de Granada, tal literatura ha estado a punto de hacer inabordable el tema de Madrid. Menos mal que no todo tenía este calibre ni tan mala intención.

No, desde luego. Madrid ha tenido otra literatura más valiosa desde el punto de vista literario. ¿Qué escritor español no ha hablado de Madrid en alguna ocasión? Creemos que casi ninguno. Pero caramba, aquí malintencionadamente parece que Madrid, ese "rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas", como llamó a la ciudad Antonio Machado, era el punto de descarga del mal humor de los escritores españoles que parecían —¿ parecen?— centrar en la ciudad la suma, el compendio de todos los defectos de España y de los españoles. Mientras para los casticistas Madrid y los madrileños eran todo gracia y simpatía, para los demás todo era —es— burocracia, covachuelismo, miseria y picaresca. Y aunque algunos procuraban hasta cierto punto paliar con ternura, tales extremos, los más, parecen complacerse en ellos. Y hay que ver los calificativos continuos que le han colgado a la ciudad,

Menos mal que, a distancia igual de ambas posturas, Madrid ha tenido a Galdós y, sobre todo, a Ramón Gómez de la Serna. Ramón es el gran enamorado de Madrid, el gran secretario de Madrid. Ramón intentó hallar el secreto de Madrid, desvelarlo a la vista de todos, explicarlo con palabras poéticas. Ramón además, ha tenido en esto una serie de discípulos —mejores o peores, esto no es cuestión ahora— que han seguido con el tema por un camino donde lo cordial no impide lo crítico ni al revés. Madrid, así, es posible que tenga más suerte que hasta la fecha.

De todas maneras, Madrid es un buen tema. Un tema que siempre está inédito, que siempre está reciente, que siempre está nuevo. Un tema para que lo estrene, si quiere, cualquier escritor. Ni para bien ni para mal, que eso no puede decirse "a priori". Hay una anécdota, sobre París, que no encajaría mal en esta ocasión. Llegaba a París un grupo de turistas a pasar allí una corta temporada, apenas unos días, y el guía les advirtió: "Miren ustedes, París es muy rico y muy variado: encontrarán templos repletos, museos valiosos y visitadísimos y, también, lugares de diversión del tono que quieran. Visiten ustedes lo que más les apetezca, pero, al marcharse, no digan: Francia es un país religioso, o Francia es un país artístico, o Francia es un país inmortal." Igual puede decir Madrid al escritor que lo encuentre hermoso, a quien lo encuentre feo, a quien lo encuentre cordial, a quien lo encuentre adusto, Madrid, ese gran tema, puede comentar: "Los ojos con que me miras, hijo, los ojos con que me miras",

JOSE LUIS ESCURDI

Respuesta de Luis A. Sánchez a Fernando Diez de Medina

DEL "ENCUEVAMIENTO" Y SUS CONSECUENCIAS

UN amigo puntual me envía una página de EL DIARIO de La Paz en que se reproduce un artículo periodístico mío y se inserta una catapúltica, erudita, maciza y airada andanada telúricoísmica de Fernando Diez de Medina, mi viejo amigo y simpático egolatrizante. El periódico propone una polémica. Difícil. A Fernando le gusta el **shadowboxing**, o sea pelear con su sombra, y lo hace muy bien. Da gusto asistir a sus "polémicas" con Toynbee, Ortega y Gasset, etc, según reza una hojita de propaganda de librería. Aunque yo no he leído las respuestas de tan ilustres maestros, no me atrevería a aparearme a ellos "polemizando" con su terrible pulverizador. Además, una polémica supone discutir un tema: ¿vamos a discutir si Fernando Diez de Medina es el dueño de la verdad boliviana, y yo un topo atrevido y "aprendiz"? Sería inútil. Al Olimpo no se sube sino en truenos. Inmensa tarea para mis pobres capacidades, las cuales él ya ha descalificado. Después del retrato que ha hecho de mí, ¿qué ganancia habría en discutir conmigo un un inepto? Gracias, pues, Director, y tome estas líneas a mero título de reconocimiento y de explicación.

Comprendo que mi dilecto amigo se haya sentido algo molesto por mi inofensivo escollo a su personalísima **"Literatura Boliviana"**. En una comedia o zarzuela (así son de bobas las fuentes de mis conocimientos) aparece un personaje que maneja con singular destreza la primera persona, ora en singular, ora en plural. Cuando le va bien, dice: "Yo gané"; cuando le va mal: "Nosotros perdimos". Sin apelar a Toynbee, Keyserling, Las Nueve Musas, las Tres Gracias y las Once (mil) Vírgenes, habría bastado que Fernando dijera: "este Sánchez es un idiota que no me entiende, y a mí se me da un ardite su majería". Habría sido justo. Pero, ¿cómo perder la oportunidad de armar estruendo y "polemizar" trasandinamente? Lástima que escogió tan bajo: a un aprendiz. (Que lo soy sin duda, y más ratos que maestro, en lo que acierta mi querido Fernando; aprendiz para poder ser maestro a ratitos, y, eso si que no, jamás "aprendiz de brujo", ni de los Andes ni del litoral).

Es verdad que en Bolivia he recibido atenciones y aplausos (no de Fernando, según creo, salvo una en tres visitas). Pero esas atenciones y aplausos también me han condecorado en unos veinte países, algunos de ellos bastante grandes, otros bastante chicos, todos sumamente generosos. Entre gentes bien nacidas, es lo común. Al visitante y al extranjero se le atiende y facilitan las cosas. Es de salvajes proceder en forma contraria. Y es de mal educados y nada cultos echar en cara la hospitalidad que se ofreció, aunque no fuera a título gratuito. Ningún boliviano, ni el más modesto ha caído jamás en tal pecado. No debía ser nuestro admirado escritor quien iniciara tan fea conducta. Nadie le seguirá, sin duda.

Por allí desliza Fernando que no quiere tratar de mi parte de "halago político". Debió ser más franco. Yo lo soy. Cuando en 1943 nadie creía en la fortuna del MNR, yo no solo creí sino que lo dije en público. No hace mucho Victor Paz Estenssoro recordaba con precisión el artículo —uno de ellos— que yo publiqué en junio o julio de dicho año —**hace diez**— augurando el triunfo del MNR. En esos días de riesgos —y en los de 1941 también— no rehuí, sino que busqué la compañía de Paz Estenssoro, Siles, Guevara, Montenegro, Arce (Armando), Arze (José Antonio), Céspedes, Cuadros Quiroga, Urquidi, Salamanca, y ese malogrado Carlos Montenegro, con quien tanto conversé después en Buenos Aires. Justamente, lo que he debido hacer ahora es sofrenar mi entusiasmo para no parecer unilateral, y tratar de ver los dos lados, a fin de convencerme (y convencer) de las razones que la Bolivia de hoy tiene para arriesgar tanto a fin de lograr tantísimo más. ¿Halagos? Los habría hecho en mi Patria y me costaría menos la vida, que de eso no se aprende en los libros, ni "polemizando" con fantasmas, sino peleando con seres, sean humanos o sean brutos disfrazados de hombres.

Sí; es mucho lo que ignoro —y siempre lo repito para no dejarme arrastrar por el demonio de la vanidad. Pero, tampoco cubro de doctoralismo una crónica periodística, tienen el derecho de enterarse pronto y sin pesadez de algunas cosas Los lectores de revistas ilustradas que no están a su alcance. Cuando se escribe para revistas especializadas, vaya el doctoralismo, si cabe en alguna parte. Ahora bien, entre lo que ignoro no está el libro de Medinacelli (que "no conozco ni por el forro"). Pese a tan elegante expresión, resulta que Medinacelli en persona me lo obsequió en Sucre, con multitud de enmiendas a lápiz, y me dijo que había destruído la edición por llena de erratas. Si mal no recuerdo allí leí un ensayo sobre René Moreno que me sirvió de mucho. Era un librito modesto, de tapa clara hecha a tipo. No sería deficiencia no conocer ese libro porque casi no circuló. En cambio, lo habría sido ignorar **"La Chaskañawi"** que acabo de leer, en dos largas tiradas nocturnas, merced a la diligencia bondadosa de un hermano del autor, quien me remitió un ejemplar hace dos meses, pensando, sin duda, que me interesaba como, en verdad, me ha interesado mucho. Medinacelli era un escritor fino y humano, sin pedanterías: escribía novelas de la vida, no sacadas de lecturas mal digeridas. Era hombre y como tal sujeto a las pequeñeces a que todos estamos sujetos. Sus confidencias en Sucre, de que guardo notas, son uno de los elementos de que dispongo para una futura digresión acerca de Bolivia.

Me asalta la presunción de que Fernando tiene necesidad de hacerse oir y de presentarse como valedor de su país. Si es así, disponga de mis lomos y descargue los azotes, que no me quejaré si el restallazo le ayuda a sus fines. Pero, entre nosotros, si alguno de los escritores circulantes en América de hoy ha escrito con simpatía y amor acerca de Bolivia, y se interesa por sus problemas, libros, hombres e ideas, ese soy yo. Nada tengo que esperar de esa República, sino lecciones de construcción social, experiencias cívicas y económicas en provecho de **mi colectividad**, no de mi persona. Lo cual no autoriza a confundir el "encuevamiento" con las cuevas troglodíticas. Vea, mi sapientísimo amigo, a dónde conduce el mucho saber y el poco ignorar: en Méjico, el término "encuevado" es corriente, y nadie piensa que se llame hombre de las cavernas al claro Agustín Yañez y al ágil Leopoldo Zea, cuando se les dice que son "muy encuevados". "Encuevados" son porque aman el silencio y no se sabe lo que piensan sino... cuando les da la gana de escribirlo. Si a Fernando le interesaba presentarme llamando cavernarios a los bolivianos, para él defenderlos y anonadarme, tenga por no escritas las cinco o seis líneas anteriores, y crezca en el gusto; pero, **inter-nos**, de tú a tú, esa es una ficción miserable (miseria, miserere, penosa, lamentable), innecesaria en él si tiene realmente calado; indigna de un "polemista" con Toynbee y Ortega etc.

Lamento, sí, contrariar a mi buen amigo al seguir estudiando la literatura de su país; al admirar a Franz Tamayo desde su poesía hasta sus panfletos, aunque no esté de acuerdo con algunas de sus opiniones, siempre respetables; como no estoy de acuerdo con el pesimismo, y a menudo, con el estilo de Arguedas, pero considero respetabilísima su figura integral, cualquiera que sea el punto donde uno se sitúe. Con eso no ofendo ni halago. Un país (y un hombre), dicen, los que saben de ésto, tiene muchas dimensiones, una de ellas, quizá la más definitoria consiste en la elevación, la generosidad y la grandeza; en la capacidad de recibir críticas y convertirlas en estímulos. Como buen aprendiz —pero no de brujo— tomo de la reacción de mi Fernando, lo positivo, que es un ingrediente más para su retrato personal. Que en cuanto a su patria, ella me tiene desde hace mucho tiempo —no de ahora— profundamente comprometido, enamorado de verdad con discrepancias y coincidencias, con rencillas y epitalamios, en forma indisoluble, es decir **"para siempre"**. Amén.

LUIS-ALBERTO SANCHEZ.

MARTI Y LA POESIA

EN un libro reciente —*Modernismo frente a Noventa y Ocho*— yo he llegado a la conclusión de que el fenómeno modernista no es otra cosa sino la versión novecentista de una constante fundamental de toda poesía —y concretamente de la poesía española—. Si nosotros comprendemos hoy que, por ejemplo, el culteranismo y el conceptismo son dos maneras estéticas que corresponden, respectivamente, a la sensualidad exterior y musical de la Bética y a la gravedad interior y ascética de la meseta de Castilla, podemos calificar el Modernismo como una pervivencia biológica de la primera de estas actitudes.

Ante esta concepción, Martí no se siente aprisionado. Poesía la suya desde adentro para fuera, no acepta la ruta contraria. Ni siquiera la que pueda confundir la marquetería artesana del verbo con la raíz emotiva inicial.

"El verbo es perla —dice—. No han de ser los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jardín de Malabar muy cargado de esencias. La hoja debe ser nítida perfumada, sólida, tersa. Cada vasillo suyo ha de ser un vaso de aromas. El verso, por doquiera que se quiebre, ha de dar luz y perfume. Han de podarse de la lengua poética, como del árbol, todos los retoños entecos o amarillentos, o mal nacidos, y no dejar más que los sanos y robustos, por lo que, con menos hojas, se alza con más gallardía la rama y pasea en ella con más libertad la brisa y nace mejor el fruto".

Pertenece este fragmento a uno de los textos más interesantes dentro de la prosa crítica de José Martí. Al artículo que dedica al *Poema del Niágara*, de Pérez Bonalde.

Todo este trabajo es una premonición de lo que va a ser la estética del Modernismo y... aun de otras escuelas posteriores, caracterizadas en último término por un docto saber literario. "Ahí quedan los versos pulidos: deformes y muertos".

Sería curioso, a través de este texto, saber lo que para Martí *es* y *no* es la poesía. Así alternadamente tendríamos:

P O E S I A

NO ES	ES
a) "...lo que ocurre con el nombre..."	a) "...lo heroico y virgíneo de los sentimientos";
b) (No es poeta): "El que echa una hormiga a andar con una bomba de jabón al lomo";	b) "el concierto de los mundos, en que el hombre sublimado se anega y resplandece";
c) "ni el que sale de hongo y *chaquet* a cantarle al balcón de la Edad Media;	c) "el que de su corazón, listado de sangre como jacinto, da luces y aromas";
d) "ni el desesperado de papel, que porque se ve sin propósitos se lo niega a la Naturaleza";	d) "o batiendo en él, sin miedo al golpe, como en parche de pelear, llama a triunfo y a fe al mundo y mueve a los hombres cielo arriba".
e) "ni el que pone en verso la política y la sociología...";	e) "Poesía es poesía".
f) "y no olla de grillos";	
g) "ni ensayo de flautas";	
h) "ni rosario de cuentas azules";	
i) "ni manta de loca, hecha de retazos de todas las sedas".	

Niega, pues, Martí calidad y alcance de poesía: al puro verbalismo (a); al jugueteo de lo intrascendente (b); a la retórica de Juegos Florales (c); al nihilista (d); al político y al sociólogo (e); a lo que no tiene unidad y vive de prestado (f, g, h, i).

Poesía es, en cambio, para Martí:

a) Lo sentimental, orientado a la bondad (virgíneo) y lo grandioso (heroico).
b) lo cósmico;
c) lo íntimo sincero;
d) lo que arrastra a las multitudes para el mejoramiento humano.

Poesía es poesía, concluye, lapidariamente, José Martí.

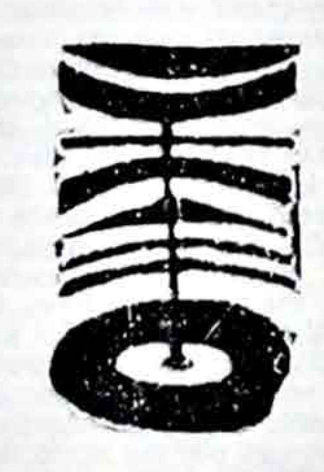
GUILLERMO DIAZ-PLAJA

LA EVOLUCION DE LOS INTELEC-

por JOSE LUIS L. ARANGUREN

HUBO una evolución espiritual de los intelectuales españoles en el exilio, principalmente en estas playas americanas donde el recuerdo y la nostalgia de España equivalen a un redescubrimiento —o descubrimiento a la inversa— de la patria ausente. Pero también ha habido otra evolución espiritual de los intelectuales españoles que se quedaron. Estos ya no niegan descomedidamente el paisanaje y la hermandad de los emigrados, sino que proclaman la "españolidad fehaciente" de lo que se ha llamado la "España Peregrina".

El pavoroso fantasma de la guerra civil, que algún día tendrá que ser relegado al sepulcro histórico, está perdiendo su radicalismo beligerante, principalmente en aquellos campos ajenos por completo a la palestra política. Los españoles de la península reclaman diálogo con los compatriotas del éxodo: "No es absurdo que entre ellos y nosotros esté



LUCHA y DIALOGO

LOS españoles —también los intelectuales españoles— estábamos divididos. La civil consumó esta división, pero no nos separó. Seguíamos unidos en esa peculiar forma de "estar juntos" que es la lucha. Pero cuando, al terminarse aquélla, muchos de ellos emigraron, entonces sí había que empezar a hablar de separación. Los contactos —contactos polémicos— fueron de día en día disminuyendo. España continuaba su historia y los emigrados iban alojando sus vidas en los alvéolos que les deparaba su nueva situación. Cuando, hablando políticamente, nos referimos a ellso decimos que "dejaron de ser españoles" o empleamos otras expresiones más descomedidas. Y, sin embargo, sabemos que, en un plano distinto del político, esta afirmación no puede ser verdadera. ¿Quién osaría negar la españolidad fehaciente de un Juan Ramón Jiménez o un Américo Castro, por no citar sino dos nombres egregios, los más ilustres en el orden de la creación poética y en el orden del pensamiento, respectivamente, entre quienes componen lo que se ha llamado la "España peregrina"?

Es, pues, un hecho que, apartados física e ideológicamente de España —pero, como hemos de ver a lo largo de estas páginas, unidos a ella espiritualmente y, en muchos casos, más y más cada día—, viven desparramados por el mundo, y principalmente en América, unos centenares de intelectuales españoles. ¿No es absurdo que entre ellos y nosotros esté cortada casi toda comunicación pública? En lo que a nosotros concierne, ¿es hoy tan rica nuestra vida intelectual como para que, sin gravísimo menoscabo, pueda prescindir de la aportación de los emigrados? Y en lo que a ellos afecta, su amor a España, su crítica misma de la España actual, ¿no ganarían precisión y rigor con un mejor conocimiento de lo que su presente faz intelectual?

En este gran signo de contradicción que es el mundo de hoy, vemos que los hombres, al par que se aperciben para una nueva guerra mundial, literalmente exterminadora, se sienten movidos por un afán de comprensión de "los otros". Con mejor o peor fortuna, los representantes de naciones secularmente enemigas, los católicos y los comunistas, los católicos y los protestantes, etc., reanudan una y otra vez los intentos para entenderse, pese a las barreras nacionales, ideológicas o dogmáticas, que los separan. Pero aquí mismo, en la que hasta hace bien poco tiempo aislada y solitaria, España, ¿no suscitamos cada año —las Conversaciones Internacionales de San Sebastián— un diálogo, no siempre fácil, con los católicos extranjeros, en particular con los católicos franceses? Es más, me parece que son plurales los síntomas anunciadores de una actual voluntad española de comprensión. Hace aún pocos meses, hemos asistido a un franco y ejemplar diálogo entre Cataluña y Castilla a través de las voces representativas de los poetas —poesía es comunicación— Carles Riba y Dionisio Ridruejo. Nosotros mismos, en libro reciente, hemos procurado poner un poco más claras las relaciones, históricas y actuales, entre el catolicismo y el protestantismo. ¿No habrá que calificar, por lo menos, de anómala esta incomunicación en que persistimos con nuestros compatriotas emigrados?

Es verdad que algo sabemos de ellos. Lenta, trabajosamente, nos llegan sus obras. De una manera más viva y directa otros, en ocasiones, nos llegan voces, a través de la benemérita "Insula" sobre todo. Pero ¿no ha llegado la hora de que, al margen de las diferencias políticas, aceptándolas, pero sólo en lo que estrictamente son diferencias políticas, nunca barreras para la inteligencia, dialoguemos los unos con los otros? Ya que, como ha escrito Américo Castro, "no podemos convivir ni entendernos en la vida real, ¿renunciaremos a hacerlo por lo menos en la del pensamiento? Francisco Ayala ha escrito bien el tránsito dialéctico del diálogo a la lucha en torno a un problema suscitado y pendiente. Oigámosle:

"**Los verdaderos problemas no se resuelven nunca. Se eliminan... casi siempre en virtud de haberse descubierto que la plataforma común era también problemática... Entonces... la cuestión retrocede a un estrato más profundo. Y, claro está, conforme avanza este proceso, la discusión se hace cada vez más difícil. Profundizando más allá de cierto límite, un problema se convierte ya en un abismo vital que la lógica no supera; donde había adversarios polemizando se combaten ahora enemigos, enemigos mortales**".

¿No son estas líneas fiel trasunto de lo ocurrido en España de 1930 a 1939? El diálogo en torno a España se convirtió pronto en guerra por España. Pero nuestra misión de intelectuales, y en cuanto tales, es volver una y otra vez, regresar siempre, de la guerra al diálogo. Ciertamente hay problemas irresolubles, porque están anclados en diferencias existenciales o en aporías de la realidad misma. (La vida no siempre es susceptible de ordenación estrictamente racional. Los problemas reales ni los plantea ni los resuelve la razón abstracta; los trae y se los lleva la Historia). Pero nuestro deber de intelectuales consiste, mientras no podamos resolverlos, en conllevarlos, como una vez dijo Ortega; nunca en zanjarlos. Esta última ya no sería una decisión de orden intelectual, ya no nos incumbe a nosotros, por lo menos en tanto que intelectuales. La inteligencia es también, como de la poesía dijo Rilke, paciencia.

Tenemos, pues, que contar con los emigrados españoles. "Siempre ha habido refugiados. En España tenemos precedentes muy gloriosos. El Cid, el más ilustre. En Castilla se llegó a crear un derecho peculiar para ellos", ha escrito Claudio Sánchez - Albornoz (3). También un derecho peculiar, el de oír y ser oídos, es el que yo quisiera invocar aquí. Más aún: el presente artículo tiene, ciertamente, un contenido objetivo, el delimitado por su título. Pero en él, y antes que él, quiere ser comienzo de diálogo. Y justamente porque más urgente que presentar una investigación acabada me parecía empezar a hablar, lo doy prematuramente, cuando ni siquiera he conseguido reunir todos los materiales que habría necesitado, es decir, la obra total de los intelectuales españoles en la emigración.

LA OBRA DE LOS EMIGRADOS

Sí, dice verdad Sánchez - Albornoz. Siempre hubo desterrados españoles. En ocasiones, tal la del Cid, estos desterrados conquistaban reinos para España. Los de ahora, ¿no han reconquistado también, a su manera, buena parte de América? Nunca, desde la Independencia, ha influído como ahora la inteligencia española en América. Se me objetará, en primer lugar, que tal influencia es, políticamente, nociva. Pero aquí no hablamos de política; y si en algún punto nos vemos forzados a hacerlo, lo haremos desde un punto de vista descriptivo, no polémico. Se me objetará también que no todos los emigrados españoles son, o han sido, desterrados: que una buena parte de ellos —Amado Alonso, Jorge Guillén, Ramón Gómez de la Serna, Onís, Casalduero, Angel del Río, Guillermo de Torre y otros—, cualesquiera que sean sus ideas políticas, no pueden ser considerados como tales. En efecto, justamente porque es así, esos intelectuales no serán objeto de nuestro estudio. Se me objetará, sobre todo, que junto a esa influencia y repartida con ella hay que poner la que se está ejerciendo desde aquí. En verdad. Sin embargo, ellos tienen sobre nosotros un par de ventajas. Una, la fuerza, difícilmente contrastable, de la presencia: la actuación "a distancia" no puede ser tan feicaz como una vida española inserta en la americana, más aún, disuelta en ella. En segundo lugar, no nos engañemos, las minorías americanas intelectualmente rectoras son, lo mismo que desde hace mucho tiempo venía ocurriendo en España, izquierdistas; y nuestras misiones intelectuales, oficiales u oficiosas, tropezarán allí siempre, mientras las cosas no cambien, con muchas puertas cerradas, Pero, en último término, el influjo cultural que el Estado español ejerce hoy en América, ¿es que no debe, al menos en parte, su realidad misma, es decir, la voluntad de ejercerlo, al influjo de los emigrados, a la necesidad política sentida de contrarrestar éste? Un botón de muestra: En España tenemos esta excelente revista que se llama CUADERNOS HISPANOAMERICANOS. ¿No está pregonando su título que fué proyectada y fundada como réplica a los Cuadernos Americanos de Méjico, a los que tan vinculados estaban y están los emigrados?

Méjico y Buenos Aires, también aunque en mucho menos escala, Caracas y Montevideo, Santiago de Chile y Cuba, Puerto Rico y las Universidades norteamericanas, son los focos de irradiación de esta "cultura emigrada".

En Méjico, la Casa de España, el Colegio de Méjico, la obra editorial del Fondo de Cultura Económica y la revista Cuadernos Americanos han sido, por lo menos parcialmente, obra española. En Buenos Aires ha sido obra personal de Sánchez - Albornoz el logro de la fundación de la Universidad de una cátedra de Historia de España, la creación del Instituto de Historia de la cultura española medieval y moderna y la publicaión de la revista Cuadernos de Historia de España. José Gaos, dirige en el Colegio de Méjico, un Seminario sobre el pensamiento hispanoamericano, y ha publicado una antología de éste y diversos estudios sobre pensadores hispanoamericanos; a él mismo se debe un ceñido resumen de la obra filosófica de los emigrados (6). El número de libros de calidad publicados, el de cátedras desempeñadas y el de revistas dirigidas o animadas por éstos es muy crecido. Realmente, la labor de magisterio, oral o escrito, de difusión cultural, de impregnación americana de lo español —labor que no es éste el lugar de detallar— ha sido muy grande, hasta tal punto que si quitamos a sus palabras la desmesurada acusación (¿quién entre nosotros le considera a él, por ejemplo y para no ir más lejos, como un "feroz delincuente"?), tiene razón Ferrater Mora cuando escribe:

"**Hay pocos esfuerzos comparables con los que, en múltiples direcciones, desarrollaron los emigrados españoles, y cualquier régimen que poseyera un mínimo de sentido común, en vez de desacreditar esta labor ingente y atribuirla a feroces delincuentes, celebraría en esa incomparable actividad uno de los hechos de mayor trascendencia para una de las grandes políticas españolas: la que se refiere a su relación con América**".

Es verdad que ni todos los españoles de aquí ni todos los hispanoamericanos valoran positivamente esta influencia. Entre los últimos no faltan quienes reprochan a nuestros emigrados haber hecho más obra "europea" que española, y con su inmenso trabajo de traducción, servir de vehículo a culturas extrañas. Por culpa de esta influencia, muchos jóvenes escritores hispanoamericanos estarían en trance de perder su verdadera personalidad, sofocada por "lo extranjero". ¿Son fundados estos reproches? Creo que no. Es verdad que algunos de estos emigrados —Gaos respecto de Heidegger, Imaz respecto de Dilthey y todos los que se han visto precisados a cumplir faenas de traducción— han dado a conocer el pensamiento y la creación literaria procedentes de otros países, pero sin descuidar por ello la historia y la cultura españolas, sino al contrario. Efectivamente, todo el presente artículo tiende a mostrar cómo el sentido de la evolución de los intelectuales emigrados ha consistido en un entrañamiento, cada vez más profundo, en su constitutivo ser hispánico. Tampoco desde el punto de vista genuinamente americano tiene consistencia la acusación, porque todo "casticismo" exige el contraste con el mundo exterior, y si no es capaz de soportar esta prueba, es que no merecía sobrevivir. Por lo demás, el propio Gaos —es decir, según esta opinión, uno de los más gravemente "inculpados"— ha sopesado, con muy buen discernimiento, el valor de las actividades "europeizante" e "hispanoamericana" de él y de sus compañeros:

"**... de la actividad de los "refugiados" españoles de la filosofía en Méjico, la parte... que estoy convencido de que resultará a la postre más benéfica y, aunque sólo fuera por esto, más importante, es la aplicada al cultivo e investigación del pensamiento hispánico en general y del mejicano en particular**".

Estimemos, pues, la obra de estos hombres en su doble dirección. El hispanoamericano no sólo es compatible con la versión a lo universal, sino que la necesita esencialmente.

¿POR QUE LOS INTELECTUALES?

Este artículo quiere ser, ya lo hemos dicho, diálogo. Ahora bien: en el diálogo importan dos dimensiones diferentes: el "hablar por hablar", es decir, el simple acto de comunicarse, y aquello "de que se habla". Nosotros nos acogemos a lo uno y a lo otro, Queremos hablar con nuestros compatriotas los intelectuales emigrados; pero queremos, al par,hablar precisamente de los emigrados.

No de todos, ciertamente, sino de los mismos intelectuales en la medida, a todas luces insuficiente, en que nos ha sido posible llegar a conocer su obra. ¿Por qué hemos escogido como objeto de nuestro estudio precisamente a los intelectuales? Hubiéramos podido considerar las secuencias del exilio en el estado llano de los emigrantes; y el estudio que está todavía por hacer, habría sido enormemente interesante. Pero requeriría entrar de lleno en una indagación de carácter sociológico q' exigía, como condición ineludible, la convivencia, el trato con ellos y la frecuentación de los diversos medios en que desenvuelven su vida. Hemos tenido que renunciar al conocimiento directo de una evolución espiritual y conformarnos con el de su proyección en los escritos. Partiendo de esta limitación, se nos ofrecía todavía la alternativa de atender a los intelectuales o atender a los políticos. Pero aquí la opción era más fácil. Yo no sé si los políticos desterrados, cuando hablan para sí mismos, se darán cuenta de la realidad, y si el atroz anacronismo de sus manifestaciones públicas, por otra parte cada vez más escasas, estará inspirado por una idea, a mi juicio equivocada, de la eficacia de la acción política. Lo cierto es que si nos atenemos estrictamente a las palabras de los intelectuales y a las palabras de los políticos, nos sorprende el contraste entre la visible mordedura del tiempo, en su inquieto pasar, sobre el alma de los primeros y la imperturbable monotonía, ajena a la realidad, ajena a la Historia, de los segundos, que siguen repitiendo incansablemente, como si el tiempo no hubiese pasado, ni por ellos ni por España, sus viejas cantinelas del "Gobierno legítimo" y la "restauración de la República". Francisco Ayala, uno de los más clarividentes —como buen sociólogo— entre los emigrados españoles, ha insinuado (10) una aguda crítica de los políticos españoles en el destierro, de su ceguera, de su resentimiento, de su abandono desesperado —y, a la postre inútil— a las potencias extranjeras.

No. El transcurso del tiempo puede leerse sobre los rostros físicos de los viejos políticos republicanos. En sus escritos, en sus palabras, muy rara vez. Por eso no nos interesan aquí.

SITUACION DE DESTERRADOS

Nuestro problema es éste: Conocíamos la obra publicada en España por los intelectuales emigrados. Conocemos ahora, mejor o peor, la que han producido en la emigración. ¿No se advierte, comparando la una con la otra, que la "situación" de desterrados ha marcado —y si no determinado, sí orientado, condicionado y muchas veces decidido— la nueva orientación? He aquí, pues, el punto de partida de nuestro estudio: la situación de desterrado imprimiendo carácter a la obra intelectual. Y he aquí también la razón profunda por la cual prescindimos de los intelectuales que, al regresar al suelo español, han cesado en su situación anterior de desterrados, y asimismo de quienes emigraron voluntariamente y no por razón de la guerra, pues incluso aún cuando participen de las ideas políticas de los desterrados y hayan hecho causa común con ellos hasta vedarse, por ejemplo, volver a pisar tierra española, **no son desterrados.** No se es desterrado amateur como en otro orden tampoco es posible ser proletario por afición. El exilio es una "situación" en que el hombre puede caer, en que el hombre "se encuentra". La situación y talante de emigrado también merecen estudio, ¡qué duda cabe! (1), pero es de otra índole. La diferencia decisiva radica, para mí, en que en ella está ausente el elemento dramático, la contradicción, el sentimiento de separación forzosa, impuesta, y, en cambio, opera plenamente el impulso de libertad, que mira más hacia delante que atrás Pero, entiéndase bien, tampoco se trata, en último término, de que a los hombres cuya situación consideramos les esté prohibido regresar. Todos, o casi todos, podrían hacerlo a estas alturas sin la menor dificultad. ¿Podrían hacerlo? Ese es justamente su drama: que quieren y no pueden volver, porque están divididos en su deseo; porque algo muy fuerte les tira hacia acá y, al propio tiempo, les frena, les inhibe, les retiene allí. Más adelante veremos la gran influencia que sobre la mayor parte de ellos —incluso sobre algunos que antes de la guerra se hallaban en posición muy alejada de la suya, como es el caso arquetípico de Américo Castro — está ejerciendo Unamuno. ¿Es ello usual? Unamuno también padeció destierro, y en París se sintió literalmente arrancado de sus raíces.

¿No es su desgarramiento, su escisión interior, el punto último de afinidad entre el alma de don Miguel y la de sus "hermanos" desterrados de hoy?

Estos escriben desde esa situación de destierro. "Yo escribo —dice Américo Castro— dentro de mi órbita, hispana, de la que no me puedo escapar, y quizá por eso entiendo, o por lo menos vivo, lo que rueda por ella". Pero aquí conviene hacer una aclaración. Al proponernos nosotros estudiar la obra de los intelectuales emigrados, en su vinculación esencial con la "situación" de que ha brotado, y como veremos en seguida, también con el "talante" propio del exilio, no pretendemos con ello "explicar" exhaustivamente esa obra, despojándola así de todo valor objetivo. Nada más lejos de nuestro propósito y de nuestra convicción. Pues, en realidad, todo cuanto se hace se hace siempre con un talante y desde una situación determinados, lo cual no significa, en modo alguno, que quede por eso subjetivizado y sin verdadero contacto con la realidad, sino precisamente al revés: abierto a un aspecto de ella que permanece inaccesible para quien no haya pasado por esa experiencia vital.

A este punto de partida de nuestro estudio se objetará tal vez que, en determinados casos, es sin duda fecundo; que, por ejemplo, España en su Historia no podría haber sido escrito sino desde la situación del exilio; pero que no es lícito generalizar. A lo cual yo replicaría que, efectivamente, es menester distinguir, en el sentido en que lo ha hecho Moreno Villa, entre "emigrados" y "arraigados". El aplica la primera palabra a todos los que, efectivamente, se expatriaron al terminarse la guerra, y refiere la segunda calificación a aquellos intelectuales que, debiendo, según él, haber emigrado también, sin embargo no lo hicieron, o bien regresaron en seguida: así Azorín, Benavente, Solona. "No hay que ensañarse con nadie —escribe— y menos con los más cercanos a nosotros, con los que no pueden vivir sino sobre la tierra que los crió. Es el caso de Azorín; hubiera sido el de Unamuno; lo es el de Benavente. La sustancia de sus obras, su alimento diario, es el pueblo español. ¿Qué hubiera sido de ellos en América? Lo que fué de Unamuno en París, lo que fué de Azorín allí mismo. Andar como sombras errantes, sin asidero posible a nada". Y en otro lugar: "**Solana se volvió de París a Madrid; no quiso trasladarse a América. Y lo excuso; no creo que un hombre como él pueda hacer ya cosa de interés sin estar en el medio que le nutría**" Sin embargo, Moreno Villa no acierta a radicalizar su distinción: no todos los "arraigados" se quedaron en España. Muchos, a pesar de serlo, emigraron; a otros el exilio les ha venido a revelar cuánto más arraigados en su patria estaban de la que ellos mismos creían. Pero también es verdad que entre los emigrados hay algunos —los menos— para quienes la expatriación no ha creado otro problema que el económico de la subsistencia —el mismo Moreno Villa—, y aún ni eso, por ejemplo, Madariaga. Son, para emplear la propia expresión de Moreno Villa, los "hombres de tipo internacional". En su autobiografía nos cuenta que, en una ocasión, le dijeron que parecía más bien inglés que español, a lo cual contestó leyendo un poema titulado **¿Por qué no es el mundo mi patria?** (15).

Indisputablemente, un hombre de este modo de ser no puede decirse de niguna manera que escriba desde su situación de expatriado La españolidad es aquí un mero accidente. ¿Cómo, pues, podría dar pábulo a una situación dramática? Permítaseme trancribir un último pasaje suyo, que nos acaba de mostrar como este hombre amaría, sí, a España, pero igual que un maestro al discípulo de hoy, perfectamente sustituíble por el de mañana. ¿Tiene algo que ver este amor puramente pedagógico con el hecho radical de sentirse envuelto en España, con lo bueno y lo malo que ella tenga? He aquí el fiel retrato de un talante frío, distante y despegado de lo español:

"**Frente a un cuadro de Vermeer de Delft puede uno sentir la intimidad de un hogar holandés de lenta luz suave, donde una mujercita hacendosa y limpia lee o escribe una carta. La carta que viene del mundo al cuarto o que sale de éste para aquél. Este pintor nos entrega su vida apacible, íntima y sonriente. En cambio, Velazquez vive severamente, dentro de una luz encerrada, de una luz cenital o de montante tan alto que no deja ver el horizonte. El mundo que nos brinda es angusiosa, de reyes exangües, locos y enanos. Mundo de cortinas pesadas, tapices amortiguadores, sillas de vaqueta, consolas y espejos fríos, relojes encerrados en fanales de cristal, que el relojero de Palacio, el médico del tiempo, observa y sostiene en marcha día por día**".

A todos, quién más quién menos, en la costumbre de la patria, nos ha pesado, y hasta agobiado alguna vez, la carga de nuestra historia. Sin embargo, en el destierro, ¿escribiríamos así? Acaso nos dejaríamos. llevar del odio, del rencor, del resentimiento. Pero un talante como éste revela que, en su caso, más que de exilio debe hablarse de expatriación. Ibi patria ubi bene: allí donde se haya encontrado "el cuarto donde poner los libros, un caballete, una mesa de escribir y una butaca".

Tampoco en el caso de Madariaga puede decirse que su obra penda de su situación de emigrado. Madariaga no es un desterrado, sino un europeizante, un cosmopolita, un hombre de congresos y reuniones internacionales, cuyo hogar espiritual es la sociedad internacional de la cultura. Y, sin embargo, también en él se advierte una clara inflexión espiritual después de nuestra guerra.

TALANTE DEL EXILIO

A la "situación" de desterrado corresponde normalmente un "talante" determinado que se halla en función de aquella. Este talante, superadas por el tiempo y la nobleza de alma las reacciones casi instintivas de carácter negativo —odio, resentimiento, etc.—, suele estar tejido, en su forma más apacible, de melancolía. Francisco Ayala ha descrito bien, a propósito de Benjamín Constant, esta mansa y triste serenidad que presenta a veces el talante del exilio:

"**Descendía (Constant) de una familia de protestantes franceses expatriada a la revocación del Edicto de Nantes, y llevaba en los hilos de su sangre ese humor melancólico del perseguido que no puede concederse la esperanza de revancha ni aspirar a convertirse en perseguidor, y que presta a su anhelo de libertad la forma de asco a la intolerancia**"

Américo Castro percibe que esta "melancolía" impregna la obra de los historiadores:

"**... la mejor Historia de España en los años últimos está toda ella teñida, determinada por una vieja tradición melancólica, que en forma muy visible reaparece en los mayores historiadores del momento**".

Los actuales desterrados, dejándose llevar de gusto nostálgico, tienden a comparar su situación, no ya con la de expatriados señeros de otros tiempos, sobre todo, con la suerte corrida por los grupos enteros étnicos —moros y judíos— expulsados de España, cuyo papel en la representación de esa "tragedia de España" que habríamos puesto en escena (Américo Castro) todo a lo largo de nuestra historia, es magnificado. De una manera más alusiva que temática, también Francisco Ayala, en la breve "novela" —como él la llama— titulada **La cabeza del cordero,** ha superpuesto estas dos tensiones históricas: la que se dió entre moriscos y españoles, la que se da entre los emigrados y nosotros. El protagonista de la narración descubre un día en el trato con aquellos "parientes" de Marruecos que una nostalgia española, prodigiosamente conservada durante siglos, les liga para siempre a esta tierra nuestra, y, de rechazo, a través de esa mutua referencia de los emigrados a los moriscos, de los moriscos a los emigrados, descubre asimismo, en la "náusea", que también estos otros "parientes" continúan estando ahí y siendo españoles.

En unas bellísimas páginas de Juan Ramón Jiménez —**El español perdido**—, mediante una delicada transposición de este temple serenamente melancólico al plano de una reflexión poética sobre nuestra lengua en su andar vivo, se nos cuenta la extraña de ver cómo el español de España se ha ido parando en años diferentes, los años en que quines lo hablan salieron de aquí; y cómo luego continúase desarrollando, pero no ya por aquel viejo cauce, sino abierto y derramado por los muchos ríos del español de América. Juan Ramón Jiménez vuelve la mirada del recuerdo sobre su habla primera, y exclama: "¡Qué nostalgia de mi español de niño en Moguer!" Luego, ante su habla de hoy, piensa: "¡Y qué extraño renovar mi español con lo extranjero, ser ya extranjero definitivo, no ser de ningún otro país ni nunca ya español!" Y, en seguida, se pregunta: "¿Muerto hoy para mí el español de España; muerto el otro español desterrado; muerto mi español...?". Para terminar así:

"**Y yo, un día, escribí un español auténtico y propio, y fuí sencillo a veces y a veces complicado, corazón o cabeza, pero siempre de "dentro" de España y de los españoles de España.**
..¡Y yo estaba "creando" un español de España, mi español!".

A través de estas limpidísimas palabras de nuestro máximo poeta viviente, se nos hace patente esa misteriosa realidad que es el "destierro de la lengua". A través de la poesía y de la existencia de otro poeta, Luis Cernuda, se nos revela una confluencia no menos misteriosa: la del "exilio de la patria" y "exilio en la tierra". Cernuda es la expresión viva de un talante nato de desterrado que termina por atraer a sí el destino del destierro. Aquí, al revés que en los otros, no es la situación de exilio la que ha suscitado el talante correspondiente, sino que éste, preexistente ya —el sentido de la poesía toda de Cernuda es extrañamiento, añoranza, destierro—, termina promoviendo la concreta y real situación de español desterrado. Y así, el destierro de España es el destino de su vida, que viene a colmar, a redondear, a dar expresión cabal —**Impresión de destierro, Un español habla de su tierra**— al connatural destino de su alma.

Pero no siempre reviste la nostalgia española formas tan quietamente dolientes como en Cernuda. Benjamín Jarnés necesitó venir a morir a España. Pedro Salinas hablaba a Dámaso Alonso poco antes de morir de "un apetito, mejor dicho, un hambre enorme de España" y de su "gran y aceptada enfermedad: la separación" Juan Ramón Jiménez, viviendo en Norteamérica se resiste, sin embargo, a hablar inglés. A Juan José Domenchina y al pintor Rodríguez Luna les ha reprochado la crítica mejicana vivir de la evocación y el recuerdo, vueltos de espaldas a su circunstancia real. Han ocurrido también suicidios. Quienes



TUALES ESPAÑOLES EN LA EMIGRACION

cortada casi toda comunicación pública? En lo que a nosotros concierne ¿es hoy tan rica nuestra vida intelectual para que, sin gravísimo menoscabo, pueda prescindir de la aportación de los emigrados? Y en lo que a ellos afecta, su amor a España, su crítica misma de la España actual, ¿no ganarían precisión y rigor con un mejor conocimiento de su presente faz intelectual?"

Con estas palabras justas, justifica José Luis L. Aranguren —intelectual joven, católico, crítico y filósofo— una cruzada que él inicia desde Madrid, con este artículo publicado en "Cuadernos Hispanoamericanos", y que recogemos en este número de homenaje a la Raza, como un auténtico llamado a la reintegración de los valores eternos por encima de las barreras circunstanciales.

...os suicidan casi nunca saben bien por qué lo hacen. Por debajo de la motivación concreta que a veces invocan hay una última desesperanza, un desahucio de la vida: la muerte no hace en estos casos sino consumar una "separación" ha tiempo acontecida. Claudio Sánchez - Albornoz, ha escrito: "De Avila vengo y a ella iré un día, vivo o muerto, porque quiero dormir el sueño último junto a una vieja encina, bajo el alto cielo de Castilla" . Y, en otro lugar (25), recordando una vieja y conocida leyenda de su tierra, que es también la mía: "Mal que os pese la he de ver, digo a los Blascos Jimenos de este instante; y mirando desde este lado de gran valle de Atlántico hacia las murallas lejanas de la ciudad de Avila, repito, con cólera, las mismas palabras". Pero la obra que, en su expresión, está más unilateralmente inspirada por la nostalgia de España es, entre las que yo conozco, la del poeta Juan José Domenchina. Los títulos de sus obras ya lo proclaman: **La sombra desterrada, Exul Umbra, Perpetuo arraigo.** Esta última lleva la siguiente dedicatoria: "... a Madrid mi pueblo natal. Todos los libros que cito, como otros que no están representados en la presente selección, los escribí en Méjico, pero desde España, al través de una década de dolor desesperanzado y añorante, de — 1939 a 1949". Domenchina se siente "desentrañado de lo que más quiero" . . , y toda su poesía es canto de este entrañamiento. Citemos, simplemente por vía de muestra, un par de pasajes. El primero pertenece al poema "Nevermore", y dice así:

Ala de sombra, un cuervo, que [crascita
"nunca"...
En su agorera convicción le imita
mi doble desaliento, persuadido
de que "nunca" la tierra que he [tenido
podrá tenerme en pie, que está [proscrita.

He aquí el otro, del poema "Testamento olágrafo":

Porque quiero llegar a mi destino
pie en tierra española, de gusano
español, en mi pueblo pueblerino.

Con el tránsito de Cernuda a Domenchina hemos pasado del temple suavemente nostálgico y de naturaleza neorromántica a un talante funerario, de inspiración barroca y — "se me entierra una vida desterrada" — traza quevedesca.

La nostalgia de "su" España se conjuga frecuentemente en los desterrados con el decaimiento de la esperanza política y con el sentimiento del envejecer, todo ello fundido y confundido, como en el famoso soneto de Quevedo. A veces esto produce un peculiar y muy explicable espejismo negativo: el de la muerte de España. Así, por ejemplo, en estos versos de **Impresión de destierro:**

"¿España. —dijo—. Un nombre
España ha muerto".

Como este estudio quiere ser cualquier cosa menos polémico, ahorro al lector las muchas expresiones que, dentro de esta dirección, pero con una frecuente acrimonia, es fácil espigar en los escritos de los emigrados sobre el letal estado de la España presente, y no sólo en el orden político, sino también en el literario, el del pensamiento, etc. Realmente se trata de una discusión que no nos importa aquí.

SENTIMIENTO TRAGICO

El talante del exilio conduce, muy derechamente, a una visión desgarrada, partida, rota, de la realidad española. Ya Francisco Ayala ha hecho notar cómo no es ningún azar que "nuestro gran problema de cultura haya recibido su más preciada fórmula en el tema de la conciencia disidente". Pues

"... los "disidentes" han llevado siempre la Inquisición dentro; para ellos se ha tratado siempre menos de un conflicto con autoridades exteriores que de un drama de conciencia". "En toda mente hispánica puede hallarse, bajo una u otra forma, esa fisura íntima, esa disyunción que ha venido a trastornar nuestra vida común, sacudiéndola en delirantes convulsiones", y que, en definitiva, no es sino a "angustia de sentirse escindido en la entraña misma del ser"

He aquí por qué

"... el ortodoxo —cuando se trata no de un alma vegetativa, sino de una mente alerta —y el disidente— cuando no es frívolo secuaz de modas foráneas —perciben, tanto el uno como el otro, la insatisfactoria parcialidad de sus respectivas actitudes, y experimenten la seducción del adversario, como si un doloroso apremio les empujase en busca de integración platónica en el primitivo ser unitario, por más que, según suele ocurrir en toda atracción erótica, este impulso adopte de continuo las formas y apariencias de la hostilidad"

Francisco Ayala ha querido dar forma plástica a esta visión escindida, no ya la de España, sino de cada uno de los españoles, en un libro de novelas de la guerra civil. Una de ellas se titula precisamente **El Tajo.** Y en el proemio escribe:

"Todos los personajes, inocentes-culpables o culpables - inocentes, llevan sobre su conciencia el peso del pecado; caminan en su vida oprimidos por ese destino que deben soportar, que sienten merecido y que, sin embargo les ha caído encima desde el cielo sin responsabilidad específica de su parte... Han pasado después de ella (la guerra) diez años; pero sigue estando ahí, gravita inexorablemente sobre uno y otro protagonistas... Están sus vidas engarzadas en la guerra; más aún: la guerra está hecha con sus vidas, con su conducta".

Hemos titulado este artículo "La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración". Tras la lectura de los párrafos que anteceden, ¿no empieza a encontrar justificación nuestro rótulo? Para el Ayala de hoy, la razón de nuestra guerra estaba partida —como lo estaríamos por dentro cada uno de los españoles— entre ellos y nosotros. Es más: la guerra no fué sino la gigantesca hipótesis bélica de este íntimo desgarramiento. Cada español tuvo que decidir por uno u otro bando; pero la mitad de su razón, la mitad de su sentimiento, la mitad de su alma, quedó —irremediablemente— en el opuesto. Con lo cual tampoco quiere decir Ayala que "condene" la guerra en el sentido de que "debiera haberse evitado". No; la guerra civil fué impuesta por el Destino y era tan inevitable como el desenlace de una tragedia antigua, la tragedia de España, que nos envuelve a todos, aun a los "inocentes", en un "pecado original" por el que vencedores y vencidos estamos siendo igualmente castigados en nuestra conciencia.

Este sentimiento de escisión culmina en la obra de Américo Castro, según veremos más adelante, con una visión trágica de la historia entera de España. Insisto en que el condicionamiento de la obra por la situación y el talante del exilio, desde los que ha sido escrita, no tiene por qué acarrear necesariamente la invalidación de sus tesis. Pero sí me importa subrayar que aun cuando llegase el día en que todas ellas fuesen victoriosamente refutadas, **España en su Historia** (con los otros escritos que le sirven de complemento) conservaría el perdurable valor de una gran obra de arte. Pues también un libro de filosofía o de historia —las **Críticas** de Kant, la **Cultura del Renacimiento en Italia**— puede ser, en su limpia, unitaria, perfecta construcción intelectual, una obra de arte (para Valéry los tratados de filosofía no tenían otro valor más que precisamente éste). Pero en **España en su Historia** hay mucho más, pues no es lo primero el valor artístico de la construcción, sino el valor poético y profundamente humano de la expresión integral, a través de él, de la plena y madura personalidad de su autor.

PRESENCIA DE

UNAMUNO

Ya hemos anticipado, y se podía fácilmente prever, que la afinidad entre la contradicción que, por decirlo así, constituía la sustancia misma de don Miguel y el trance de contradicción interior en que ha puesto a los emigrados el suceso del destierro, tenía que empujar a éstos hacia aquél (29). ¿No extrañará, pues, que Ferrater Mora, Sánchez Barbudo, García Bacca y tal vez otros también hayan dedicado sendos estudios a nuestro gran atormentado? ¿Y que en muchos de ellos este talante haya motivado un retroceso de la influencia de Ortega en beneficio de la de Unamuno? El caso de la injusta y violenta crítica de Imaz al libro de Marías sobre Unamuno (30) es singularmente ilustrativo: a Imaz le dolía, como si le arrancasen las entrañas, todo intento de arrebatarle a "su" Unamuno, de mostrar que la heterodoxia fué accidental en él. Imaz achaca a Marías el "deseo de compartir con él (Unamuno) su fe". Pero, a través de esta protesta, ¿no se advierte el miedo a que los enemigos acaben llevándose a su compañero de fe perdida? El estudio de Sánchez Barbudo es mucho más detenido, ponderado y formalmente objetivo. Sin embargo, la objetividad no es una actitud que flota en el vacío, sino que, igual que la subjetividad, se adopta desde una "situación" —en este caso la del exilio— y, en vista de otras exégesis, como respuesta a ellas. Todo pensamiento implica, consciente o inconscientemente, un ingrediente, mayor o menor, de polémica.

En algunos emigrados —tal Bergamín— el impulso unamuniano ya era claramente perceptible antes de expatriarse. En otros —por ejemplo Gaos— se reconoce con un lenguaje más afín al de Kierkegaard (31). Y, en efecto, algunas de sus afirmaciones, por ejemplo la siguiente, lo mismo podrían venir del uno que del otro: "... una idea de la naturaleza humana como oscilante entre contrarios extremos... La verdad ha de dar cuenta de los extremos, pero no como un término medio estático, sino como oscilación entre ellos" (32).

Pero los hombres en quienes más patente se ve el acercamiento a Unamuno, hasta constituir éste como un verdadero descubrimiento espiritual, como una especie de "conversión" a lo entrañablemente español, son Francisco Ayala y, sobre todo, Américo Castro, de quien Guillermo de Torre ha podido escribir que "aquellas intuiciones de Unamuno sobre el sentido íntimo de lo español, alcanzadas esencialmente por vía cordial, adquieren ahora, por vía intelectual, en Américo Castro una articulación rigurosa" (33).

Tanto Ayala como Castro se han parado a reflexionar en el famoso "¡Que inventen ellos!" de Unamuno, llegando a conclusiones afines, si bien más radicalizadas en Castro. Para Ayala, la historia intelectual de España en la época moderna consiste en que frente a "la caterva de los casticistas, apacible y trivial, atenida al fondo inerte de nuestro ser y sin hacerse problema de cosa alguna" .. se alzan, una y otra vez, los "disidentes", servidores siempre de la "inteligencia europeizante". Hasta que llega Unamuno y señala el "punto y aparte" en esta penosa antítesis histórica. "Su personalidad no consiste ser incluída en ninguna de las dos actitudes contrapropuestas; pero tampoco vacila entre ellas, sino que más bien las encierra a ambas dentro de sí" ... Es decir, que desde él, los españoles, conservan un margen de disidencia respecto de su anterior historia, pueden expresar con plena conciencia su insolidaridad con la unilateral orientación de la "civilización moderna" y su orgullosa fidelidad a "nuestras actitudes radicales frente a la vida". Esta, y no otra, ha sido para Ayala la gran empresa cúmplida por Unamuno.

Junto a Ayala, Américo Castro ha consagrado su obra precisamente a estudiar en qué consisten esas actitudes peculiarmente hispánica ante la vida, esa "vividura" del pueblo español, nacida en la historia y no de la abstracción. El conjunto de estas actitudes —integralismo en la persona y la vida con ausencia de pensamiento objetivable; el vivir en el "será", en el mesianismo, en la esperanza; el español como puro ímpetu, voluntad desnuda y "representación" escenificada del existir; el "vivir desviviéndose"; la angustia de querer ser de un modo y tener que ser de otro; el choque entre razón y vida; la "inseguridad", el sentimiento trágico de la vida, el estilo desesperado —es de una visible progenie unamuniana, si bien estructurada con ayuda de la filosofía de la existencia (36). Hace unos instantes hablábamos de una verdadera "conversion" al casticismo ... de la mano de Unamuno. Corroborémosla con la lectura de estas líneas: "Cuando Unamuno profirió su tan discutida exclamación "¡Que inventen ellos!", hablaba desde el fondo de la Historia, aunque quienes éramos jóvenes en 1909 protestáramos enojados contra lo que, algo frívolamente, mirábamos como un exabrupto de barbarie" (38).

NI AQUI NI ALLA

Describíamos arriba el drama de los emigrados como una ruptura interior, como una tensión entre su pasión de España y su discrepancia del actual régimen (no sólo en lo tocante a la política). Ahora podemos ahondar más en ese drama: es un no poder vivir plenariamente ni allí, en el destierro, ni aquí, en la patria. Allí saben ellos muy bien, porque lo han aprendido a través del dolor, que no pueden echar raíces. Pero aun cuando, en general, no lo sepan, ya están desarraigados también de aquí. El tiempo y sus mudanzas no transcurren en vano. Un país es igual que un habla. Como decía Juan Ramón Jiménez, no se para nunca, está siempre creciendo o decreciendo, mudando. Yo tengo un pariente, expatriado de la guerra también, que, con pasaporte de una República sudamericana, ha venido por una temporada, a España. Podría preverse, sin duda, que le desagradase el mundo oficial de nuestro país. Pero los parientes, los amigos, las calles, las casas, el aire de su ciudad natal, son, con pocas diferencias, los mismos. Y, sin embargo, él los extraña. Es decir se han vuelto extrañas para él. O mejor dicho, es él quien se ha vuelto extraño: extraño, extraño, desterrado. No viviendo ni aquí ni allí. Fuera de la realidad, en la irrealidad de la nostalgia (39). Un cuento de Francisco Ayala, **El regreso** . . y, trascendiendo ampliamente su designio, una ficción de Claudio Sánchez - Albornoz, **¡Volver! ¡Volver!** (41), expresan plásticamente esta irremediable decepción.

El protagonista de la primera narración es un expatriado de la guerra que, luego de algunos años, no puede aguantar más el tirón de España y regresa a su tierra, Galicia. Pero al cabo de muy poco tiempo reembarca otra vez. Y no es que sufra persecución o esté en peligro. Al contrario. Su único posible perseguidor viene a resultar que murió, largo tiempo ha. Es que "ya no puede vivir aquí", donde sólo encuentra "materia" de su viejo mundo, vaciada del alma que ha puesto en ella y que es, para siempre, irrevocablemente, su "razón de vida" Esta España no es la suya; han transcurrido demasiados acontecimientos, han sobrevenido muy graves mudanzas para que él pueda ya encontrarse en ella. Pero tampoco puede desprenderse, desarraigarse de aquí. Justamente en esto en no poder vivir ni aquí ni allí consiste su drama.

En las páginas de Sánchez - Albornoz es el propio autor quien imagina venir, ya viejo y, como el personaje de **Castilla,** de **Azorín,** ciego, a España, a Avila. Pero todo lo encuentra cruelmente mudado, la casa de sus abuelos ocupada por las autoridades militares, etc. Lo que en el relato me importa retener es el símbolo de la ceguera. Los desterrados, en tanto conserven su talante de tales, no pueden venir, porque, acostumbrados a vivir entre sus remembranzas y sus nostalgias, en la España no de su realidad, sino de su corazón, se han tornado ciegos a la cruda luz de un presente que les es ajeno y se ha hecho sin ellos.



ALLI Y AQUI

Naturalmente, y haciendo de la necesidad virtud, algunos han reaccionado contra este no vivir en parte alguna, ni en la tierra en que padecen ni en la tierra por la que padecen. A continuación vamos a examinar dos intentos de trascender esta "situación" y este "talante" que acabamos de considerar, intentos realizados, el uno por la vía filosófica y por la vía poética el otro.

José Gaos expresa gráficamente la "inflexión" de situación y talante a que tiende a someter su vida mediante la sustitución del término "desterrado" por el neologismo "transterrado" . En fin de cuentas, emigrar a América no es marchar a un país extranjero. Hispanoamérica es la prolongación de España. Prolongación no solamente espacial, sino también temporal, histórica, pues Gaos piensa que la relación entre España y Méjico es la del pasado al presente (en esta consideración de España como el pasado sin más, es decir, lo sido, volvemos a tropezar con la frecuente reacción negativa a que antes nos referíamos, la de que España ha muerto, y que ilustrábamos con un verso de Cernuda; es la reacción, en el fondo ingenua —"idealismo ingenuo" podríamos llamarla, con expresión paralela al "realismo ingenuo" de la jerga filosófica—, de quien cree que los lugares de que se aleja dejan de existir, se aniquilan con el acto mismo de la ausencia). Pero cedamos la palabra al propio Gaos, que ha descrito en certeras frases este proceso de hispanoamericanización de los españoles emigrados a Méjico:

"En los españoles actuó, sin duda, desde su prinpicio, la emigración, con una actuación de dos vertientes. Toda emigración representa la experiencia de emprender una vida más o menos nueva. Pero una emigración forzosa representa la experiencia de emprender una vida más o menos nueva, en una peculiar relación con la vida anterior. Como ésta se dejó por fuerza y no por prever otra vida preferible y resolverse a vivirla, se vive la vida nueva con una singular fidelidad, entre, efectivamente, espontánea y moralmente debida, a la anterior... Esto puede ser, aún en el caso de que el asiento en la nueva tierra resulte preferible al retorno a la dejada, cuando entre valores de una y valores de otra cabe ver una relación que permita conciliar la fidelidad a los unos con la adhesión a los otros. Esto es lo que nos ha pasado a los españoles en Méjico. Porque, y ésta es la otra de las dos vertientes anunciadas, los españoles hicimos un nuevo descubrimiento de América".

Gaos ha proyectado esta situación y talante de "transterrado" en un nuevo ideal de hispanidad —la palabra desagrada a los expatriados por razones obvias (y a mí también ha terminado por empalagarme por obra de la vacía retórica que tanto ha abusado de ella), pero, como reconoce Francisco Ayala, es la más apropiada—, ideal al que acaso aludamos más adelante.

El libro del poeta Emilio Prados **Jardín cerrado,** que lleva el expresivo subtítulo de **Nostalgias, sueños y presencias,** está tan traspasado como el que más de añoranza española. Escrito todo él en formas métricas populares, constituye, sin duda, pese a lo cuidado que es, un libro unitario. El talante desde el que brota va lentamente cambiando desde la desesperanza total:

Aun me queda una esperanza:
¿No seré yo el que está muerto?

apenas mitigada en las **Nostalgias y sueños, Nostalgias en campo abierto:**

Quien vió el romero
y hoy no lo ve:
¡Cómo piensa en él!

y este símbolo, oscuro e insistente, de las alamedas:

Salí de las alamedas,
nunca lo hiciera
(noche obscura,
noche negra).

o este estribillo:

¿Qué me importa la alameda
si no he de volver a ella?

y pasando luego por el casi imperceptible brote de una nueva esperanza:

Y llevo un mundo a mi lado
igual que un traje vacío,
y otro mundo en mí guardado
que es por el mundo que vivo.

de un nuevo nacimiento:

No sé, no sé,
yo estoy pensando
en un país, como esta rosa
que día a día se me va alejando
desde la mano a un nuevo
[nacimiento.

hasta el poema final, "El cuerpo en el alba", en el que "el germen se cumple:"

Ya soy, Todo: Unidad
de un cuerpo verdadero.
De este cuerpo que Dios llamó su [cuerpo
y hoy empieza a sentirse
ya, sin muerte ni vida,
como rosa en presencia constante
de su verbo acabado, y en olvido
de lo que antes pensó sin llamarlo
y temió ser: Demonio de la Nada.

El poeta Juan Larrea, en el prólogo que ha puesto a este libro, aplica concienzudamente todas sus dotes hermenéuticas a descifrar el "mensaje ideológico" de la obra. "Pudimos darnos cuenta desde el principio de la guerra española —escribe— que el argumento de su acerbísima tragedia era esencialmente poético y de muerte y transfiguración". Y continúa: "Concretando más..., la crónica decadencia española, en su postrer desesperado esfuerzo de salvación —de nuevo el auto sacramental— ha arrojado su simiente al otro mundo o lado del océano" Esta simiente son los emigrados. Merced a ellos, "si después de sus nupcias con la universalidad, España se divorció y se retrajó al "ápice del alma", según la expresión de los místicos..., hoy... vuelve a incorporarse al mundo, mas constituída en el espíritu, transfigurada". O sea, en fin, que el "Verbo hispánico" habría transmigrado "del cuerpo peninsular al cuerpo de su Nuevo Mundo".

Como se ve, la determinación de trascender la inestabilidad existencial del desterrado es patente, demasiado patente, sin duda, si se tiene en cuenta que todo esto —y muchas cosas más que omito sobre "el complejo orgánico de metamorfosis", "el proceso transformativo del psiquismo occidental", etc. —se presenta como explicación de un poema que, ciertamente, no tiene nada que ver con la especie de lo que un alemán llamaría **Gedankenlyrik.** Naturalmente, uno es muy libre de quedarse con la edición del poema sin acotaciones al margen o, si se prefiere la problemática "traducción" en prosa de su sentido, con las sobrias expresiones, antes transcritas, de Gaos. Lo único que aquí importaba hacer constar es que, como salida a la angustiosa situación de un "destierro permanente", algunos expatriados - (43) han intentado adaptarse al nuevo asiento de su existencia, y esto no sólo por modo instintivo o pragmático, sino dotando a esta forzada forma de existencia de una consistencia intelectual o poética. La vía seguida ha sido la de establecer la síntesis entre la nueva vida, americana, y la antigua, española. La fórmula no ha sido ni podía ser otra —llámenla ellos como quieran— que la de la hispanidad.

REIVINDICACION HISTORICA

DE ESPAÑA Y LOS ESPAÑOLES

Empecemos por reconocer esto: los emigrados aman, sin duda, a España. Pero el amor presente puede, y hasta debe ser, crítico. ¿Quién que convive a diario con otra persona no ve sus defectos y,a veces, se los reprocha? En cambio, en el alejamiento. en la "situación de despedida", en el talante del exilio, la crítica, aun sin renunciar a serlo, tiende a convertirse en canto. Se canta lo que se pierde. De aquellos que se han separado para siempre de nosotros ya no hablamos sino bien La ausencia, lo mismo que la muerte, cuando no termina con el amor, lo acendra y acrece, lo recubre con una pátima de idealizadora nostalgia.

Los desterrados no sólo aman a España, sino que creen, continúan creyendo en ella. Claudio Sánchez - Albornoz se duele de la falta de fe en España que revelan aquellas palabras que puso Cánovas, al decir, en su versión personal de la Constitución del 76: "Son españoles... los que no pueden ser otra cosa" (44). También las palabras siguientes: "No puede haber un español, digno de tal nombre, capaz de escribir, sin sonrojarse, que Gibraltar no es de España" (. Y asimismo, ha resumido su amor patrio en estas frases, descontada quizá su resonancia retórica, suscribirían la mayor parte de sus compañeros de expatriación:

"No, no soy nacionalista. De tejas abajo amo a España por encima de todo. Conozco sus inmensos servicios a la civilización universal, tan mal justipreciados por los historiadores de los países enemigos... y tan olvidados por los mismos españoles e hispanoamericanos, que se han dejado arrastrar por la corriente envenenada del criticismo hostil. Adoro sus bellezas naturales; gusto de sus costumbres, de sus fiestas, de sus canciones y de sus bailes; me enamora sus ciudades; llevo en el alma sus paisajes... Y pese a su miseria e impotencia de estos días y a la enemiga de quienes la gobiernan, a mi destierro y a mis soledades, me siento orgulloso del nombre de español, y me atrevo a gritaros, argentinos, que podéis estarlo de haber nacido de tal madre" (

Junto a estas líneas y, por lo que se refiere a la expresión, en el extremo opuesto, es decir, con un claro dejo metafísico en vez de retórico, pueden ponerse, entre tantas otras, las bellas palabras de María Zambrano sobre el silencio de la tierra y el paisaje españoles, sobre el silencio de España (47)

Altamira y Sánchez - Albornoz han escrito muchas páginas en reivindicación de nuestra historia. También Francisco Ayala y, sobre todo, Américo Castro, pero éstos con la intención de darnos una visión personal, en el primero apenas apuntada, en el segundo plenamente cumplida, del ser histórico de España.

Los emigrados se consagran a la valoración del sentido de nuestra historia y, por ende, de las grandes figuras españolas. Véanse, por ejemplo, estos juicios de Sánchez - Albornoz: "Pero ahí está, en todo caso, arrogante como una cumbre enhiesta de los Andes, la gran gesta heroica y hercúlea del gran pueblo quijote, que lo dió todo por defender un ideal: la unidad católica de Europa. A ella sacrificó España su grandeza y su vida. Felipe II, un rey de mente y de corazón no españoles — no es difícil probarlo, contra el común creer—, supo, sin embargo, interpretar en eso el ímpetu generoso de España. Si su torpeza, fruto de sus calidades raciales antihispánicas, llevó a España a la derrota y a la ruina, todavía está en pie el catolicismo, con todo su valor de fuerza espiritual inconmovible" (

No es mi propósito dar aquí una relación bibliográfica de las páginas que los emigrados han dedicado a enaltecer a los españoles del pasado. Simplemente, por vía de ejemplo, citaré el excelente libro que escribió Salinas sobre Jorge Manrique, los estudios de Xirau sobre Ramón Lull y Vives, el de los místicos y teólogos españoles del Siglo de Oro de Gallegos Rocafull, el de San Juan de la Cruz por García Bacca, sin olvidar el grueso volumen que, con título de **Jovellanos. Su vida y su obra,** editó el Centro Asturiano de Buenos Aires, con la adhesión de los de la Habana y Méjico, en el bicentenario del nacimiento de su ilustre paisano, y en el que colaboraron, entre otros, Augusto Barcia, Ossorio y Gallardo, Francisco Ayala y Claudio Sánchez-Albornoz.

Pero conviene detenerse a considerar algunos juicios de las emigrados sobre Menéndez y Pelayo, porque su gran figura nos suministra un excelente punto de referencia para medir, por su acercamiento a él, la evolución de aquéllos. Casi todos, desde Altamira a Gaos e Imaz, le elogian sin mezquindad. Como se podía prever, en el libro de homenaje a Jovellanos. al que acabamos de referirnos, menudean las alabanzas de quien ha escrito, sobre éste, "con sapiencia tan enorme ymirada tan profunda", un estudio que "no ha sido superado ni aun igualado por nadie" (. Américo Castro ha podido evocar, en apoyo de sus tesis, alguno de los "magníficos atisbos" del gran montañés. Francisco Ayala, al estudiar la dialéctica peculiar española del "ortodoxo" y el "disidente", personifica el primero, antes que nadie, en el "gran ortodoxo" Menéndez Pelayo, que, no por azar, sino impulsado por esa tendencia general a sobrepasar, a su modo, la desgarradura interior de España y los españoles, ha ido a escribir, precisamente, la **Historia de los heterodoxos españoles.** Pero el testimonio más expresivo, por proceder de quien lleva el mismo nombre de aquel maestro contemporáneo de Menéndez y Pelayo, y tantas cosas opuesto a él, acaso sea el de Francisco Giner de los Ríos, en su artículo titulado: "De la Conquista a la Independencia"

PASA A LA PAG. 8



Alberto Hidalgo, el Poeta De la Cuarta Dimensión

por ARTUR LUNDKVIST



CUANDO llegó a mis manos, hace algún tiempo, una selección de escritos de Alberto Hidalgo, así como en torno a él, éste era para mí un nombre casi desconocido. Pero no me fué necesario sino hojear un poco sus poemas para interesarme por ellos. Es evidente que él, sin haber alcanzado la misma ancha celebridad que algunos otros poetas de la América Latina, cuenta con un círculo de admiradores calificados, que lo coloca no solamente al nivel de Neruda, Huidobro o Vallejo, sino también al de poetas europeos como George, Rilke, Valery. Su candidatura al premio Nobel ha partido del lado argentino.

Hidalgo es peruano, pero desde hace mucho tiempo vive en Buenos Aires. Con su poesía universal, y sin embargo típicamente suya, pertenece a todo el continente de lengua española, (puede leérselo igualmente con el mismo provecho, en Escandinavia, Australia o en cualquier otra parte, en la medida en que lo permita el idioma) El origen de Hidalgo se enlaza con la formación de los mitos, a los cuales ni él ni sus antecesores han dejado de ser fieles. Nació en Arequipa, la vieja ciudad que se levanta en lo alto de los Andes, ahí donde los conquistadores asestaron su golpe mortal contra el poder de los Incas. Fué allí donde creció, en ese elevado paraje, punto convergente de líneas de perspectiva, entre el granito de los adoradores del sol y a la luz del bello volcán Misti, con su cima resplandeciente de nieves.

No obstante su nombre señorial de original español, Hidalgo se enriquece con la herencia de la tradición incaica: en él el conquistador profano ha puesto en primer plano el abstracto culto indígena con su genial cosmología diáfana, habiendo sabido ensamblar ésta con las disciplinas científicas modernas. Esto, a la vez artístico-concreto y sometido a una fantasía profundamente especulativa, es, precisamente, lo característico de Hidalgo El es algo así como un Platón de la época atómica, que trata de demostrar la realidad superior de la cuarta dimensión. Su lirismo se mantiene siempre en la fulgurante frontera del paradojal nacimiento de las palabras-imágenes.

Hidalgo ha publicado una quincena de colecciones de poemas y diversos volúmenes de prosa, tras haber debutado en 1917, a la edad de 20 años. Merecen transcribirse algunos títulos característicos de sus obras: "Las Voces de Colores", "Química del Espíritu", "Dimensión del Hombre", "El Ahogado en el Tiempo". Sus dos últimos tomos de poemas, de los cuales me ocupo aquí especialmente, se llaman: "Poesía de Cámara" y "Anivegral". Su prosa comprende un completo "Tratado de Poética", dos volúmenes de "Diario de mi Sentimiento", una colección de cuentos, "Los Sapos", en que los protagonistas llevan números en lugar de nombres y la obra adicional "El Universo está cerca", en donde él combina el resultado de sus conocimientos científicos con sus ideas avanzadas respecto a la misión del hombre en el universo, desde cuando comenzaron a aparecer los objetos primeros de la cultura, tales como la silla, la lámpara, la ventana, el traje.

Entre los libros que tratan de Hidalgo, "Diagnosis de la poesía y su arquetipo", de E. D. Andía, es el más importante. Como biografía, este libro ofrece solamente un minimun, a pesar de los detalles en que abunda, y se desenvuelve entre panegírico, prosa lírica, resonancia general y verdaderos informes médicos acerca de la persona psicofísica de Hidalgo. El poeta del arquetipo parece haber descrito su ascensión, su trayecto de cometa, sin dificultades de desenvolvimiento, en una rara concentración al rededor de su objetivo. A pesar de ello, unas menudas referencias arrojan algo de luz sobre su vida y su obra.

Al comenzar el decenio del 30, perdió a su mujer y la nostalgia de ella se tradujo en él en una poesía intensa, de presencia tanto más concreta cuanto que no sentía la necesidad de escribirla: una poesía interna, rodeada de silencio, bajo un extático contacto sensual con la muerte, que de mujer real es sublimada como símbolo superreal, resplandeciendo como tipo primario a través de todo. En revancha, Hidalgo aparece durante cierto tiempo como un fauno de salón, amado por bellas mujeres de Buenos Aires y decorado con una barba que le da un provocante parecido con Lenin. Admirador de los fuertes, de las voluntades que crean realidades, no solamente rinde homenaje a Bolívar, sino que dedica a Stalin un largo poema épico. Sin embargo, jamás nadie lo ha sospechado de comunista, y el propio Andía se lamenta solamente de que el motivo del poema haya sido el dictador ruso y no el mismo poeta.

Lo más típico en Hidalgo es, no obstante, su mística cósmica, la cual lo hace reaccionar, ante los temblores de tierra de los lejanos Andes, con síntomas simultáneos de una nerviosa supersensibilidad. Cuando el místico lituano Milosz, cordial, amigo del poeta, murió en Europa, él siente literalmente como un temblor de tierra. "Cada vez que un gran poeta cae dentro de ella, la tierra debe temblar como un epiléptico", es una opinión que Hidalgo emite probablemente en serio.

Hidalgo toma a la música como punto de partida, como la primera evidencia de la cuarta dimensión: la música construye un mundo de invisible, nueva materia que lo es todo a la vez: es y no es. Para él no existe ninguna diferencia esencial entre la voz y la cosa; asimismo, los colores (ilusión de luz) son menos reales para él que los ensamblamientos de las moléculas que forman presencias sólidas en torno nuestro. Pero no comete el error de imitar a la música en su poesía: por el contrario, se esfuerza, en dar vida a una lírica desnuda y nada retórica, cuyo principal efecto se halla en las tentativas del pensamiento de tocar lo inconcebible por medio de metáforas funcionales.

Hidalgo emplea en grado considerable, su propia persona física como tema de su lírica. Pero la considera casi totalmente como un instrumento para servir lo cósmico. Su cuerpo, sus órganos sexuales los comprende como receptores de radiaciones y corrientes de fuerzas cósmicas, tornándose así a la vez extremadamente individualista y radicalmente despersonalizado. Su poesía abstracta tiene el carácter analítico de los rayos Roentgen, a la vez que es sensualmente íntima. Se presenta a sí mismo como químico, loco, pintor y espía: un químico que penetra en los procesos en que se definen la composición y las funciones de los elementos; un loco que se complace en sentir lo imposible; un pintor que recibe comunicaciones de la luz; un espía que envía sus mensajes describiendo las secretas relaciones entre el hombre y el universo.

Se llama "una esquina en marcha", "el punto de choque de dos vientos". Un conflicto lo pone en armonía con el todo: en la situación tierna, dinámica, buscada, paralela que reina en los átomos y en el universo. "Estoy hecho de altura y es por eso que no subo más. Estoy hecho de profundidad y es por eso que no caigo nunca". Ante una mujer se dice que "todo es sueño o, más bien, encarnación de sueño, encarnadura sin materia, formas que no existen; ella es la ola sin el mar, el acto puro de la ola". Se siente "parecido a todos los seres y las cosas" y además como una pieza indispensable y única "en el funcionamiento feliz del universo". Si se fatiga de ser hombre, se transforma en "sonido o piedra o nube o bermellón para un pintor extraño".

Habla de la música como de "materia pura, parecida a la palabra de la flor o al pensamiento del trigo: otros sólo la escuchan, yo la veo y la palpo". Halla a la mujer como epidermis del agua, clara "cual la carne del agua". En sus laboratorios de poesía llega a hacer mezclas imposibles: azucenas de clavel, uvas de naranja, porcelana de hierro, trigales en que el pan ya está hecho en la espiga. En su gran "Oda a la cuarta dimensión", se hunde en el tiempo absoluto, en la unidad de tiempo y espacio en el universo. Imagina relojes para el tiempo que no pasa, pero sin el cual faltaría consistencia a la vida: esfera de agua, agujas de rayos de luz, piezas del acero disuelto engarzado en el murmullo de los océanos. Allí domina otra forma de vida, en un mundo liberado de muerte, que todavía está lejos, pero con el cual es sin embargo posible ponerse en contacto.

Pinta continentes y llanuras difusas y sin límites, de una materia nueva que no es ni sólida ni líquida ni gaseosa. Allá habrán de vivir los seres liberados como "huéspedes de honor del infinito", en pisos indescriptibles, invulnerables para las catástrofes, colocados en lo alto, pero no encima unos de otros, pues ningún plano es menos alto que otro. La belleza se extiende como "vía láctea de besos sobre los cuerpos de un millón de muchachas", mientras que suenan los tulipanes, los arcoiris despliegan velos, la música es conducida por túneles hechos en el viento, los climas duros se ablandan como pecho de cisne, "ningún sueño allá es sueño, todos son realizados", "un átomo de cielo alcanzaría para un año de dicha en el ultrasocialismo de la naturaleza".

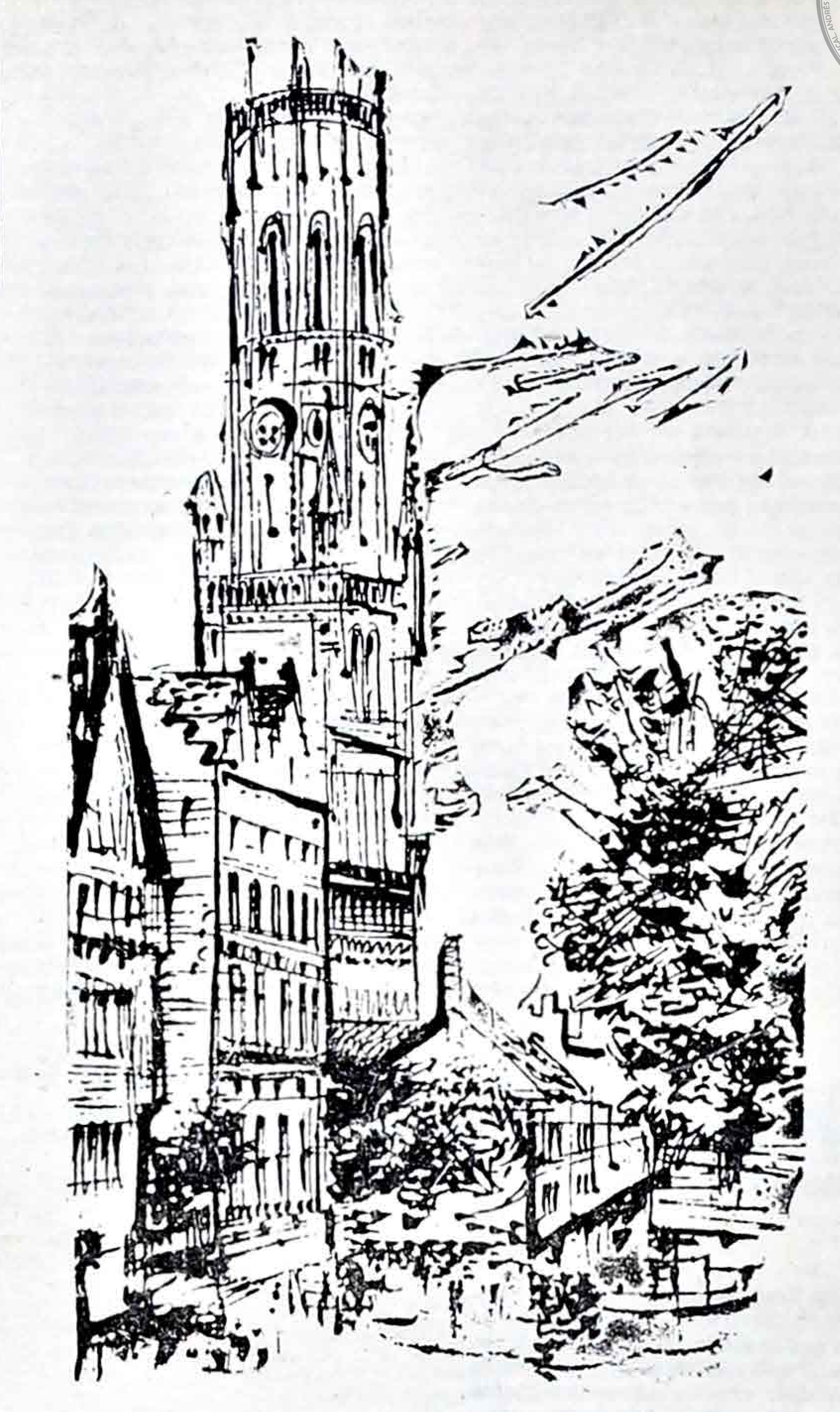
En "Anivegral" prosigue Hidalgo su imaginación del hombre perfecto, lo cual está en armonía con los procesos cósmicos que evolucionan en derredor de él, hombre total e integral. Hace él eso con imágenes más elásticas y humor más explosivo que nunca. Quiere "levantar el agua sin el vaso" y "con material de espacio fabricar casas para el tiempo. Mira dentro de la piedra, entre los intervalos de cuyos átomos se esconden millones de silencios. Penetra por sorpresa en el laboratorio de la flor para testimoniar cómo ella escribe sus poemas. No le falta tampoco un modernísimo humor: "Las gallinas ríen cuando la luna pone huevos en los pozos", "El maíz no se afeita porque las barbas son naturalmente agrarias". Lanza un anzuelo en el piano y saca peces de él. Constata la "súbita palidez de los motores cuando una mujer pasa", "el tormento de las novias que desbordan sin pausa sus mejillas", "la limpieza con que ejerce su profesión la orquídea", "el consumo de consecuencias que hacen los actos no premeditados". La asociación de lo sensorial y de lo abstracto en Hidalgo puede demostrarse, para terminar, con algunas estrofas del poema "Estrella de fruta":

La vida frágil novia
colgada de una rama del vacío
Unos la arrancan niña
en vano esperan otros que madure

Estos la pelan con cuchillos de onda
para no herir su pulpa diáfana
aquellos muerden su volumen
pero descubren que es de nada

Si las fuertes contradicciones internas son las que crean a un poeta, éstas no faltan en Hidalgo. La máxima preocupación de su propia persona se enfrenta en él contra un superconciente de profundas consecuencias. Los más violentos romanticismos se oponen a la realidad científica. Una rebeldía absoluta se identifica con todo. Lo exclusivo y lo individual alcanzan su punto máximo, pero se transfieren a lo elemental, a lo común. Hidalgo hace gustar por la poesía pura, de manera tal que uno se habitúa a ella: la imagen y el pensamiento se integran perfectamente; motivo y material se elevan a una abstracción cristalina. Da verdaderamente la impresión de que él es el poeta de la cuarta dimensión. Al menos, justifica que se la llame así con tanta razón como se tiene para dar a Picasso el nombre de pintor de la cuarta dimensión.

Estocolmo. (Publicado en el Morgon-Tidningen, el 10 de agosto de 1953).



EL BRUJO POSTERGADO

Don Juan Manuel, príncipe español, nacido en Escaloma, en 1282; muerto en Peñafiel, en 1348. Fué sobrino de Alfonso el Sabio. Hombre de cultura latina y de erudición islámica, es uno de los padres de la prosa española.

EN SANTIAGO había un deán que tenía gran deseo de saber el arte de la nigromancia. Oyó decir que don Illán de Toledo la sabía más que ninguno, y fué a Toledo a buscarlo.

El día que llegó a Toledo enderezó a la casa de don Illán y lo encontró leyendo en una cámara muy apartada. Este lo recibió con bondad; le dijo que postergara el motivo de su visita hasta después de almorzar. Le señaló un alojamiento muy fresco y le dijo que lo alegraba su venida. Después de almorzar, el deán le refirió la razón de aquella visita y le rogó que le enseñara la ciencia mágica. Don Illán le dijo que adivinaba que era deán, hombre de buena posición y buen porvenir, y que temía ser olvidado luego por él. El deán le prometió y aseguró que nunca olvidaría aquella merced y que estaría siempre a sus ordenes. Ya arreglado el asunto, explicó don Illán que las artes mágicas no podían aprenderse sino en lugar apartado, y tomándolo de la mano lo llevó a una pieza contigua en cuyo piso había una gran argolla de hierro. Antes le dijo a una sirvienta que trajese perdices para la cena, pero que no las pusiera a asar hasta que la mandara. Levantaron la argolla entre los dos y descendieron por una escalera de piedra bien labrada, hasta que al deán le pareció que había bajado tanto que el lecho del Tajo estaba sobre ellos. Al pie de la escalera había una celda y luego una biblioteca. Revisaron los libros y en eso estaban cuando entraron dos hombres con una carta para el deán, escrita por el Obispo, su tío, en la que le hacía saber que estaba muy enfermo y que si quería encontrarlo vivo no demorase. Al deán lo contrariaron mucho estas nuevas, lo uno por la dolencia de su tío, lo otro, por tener que interrumpir sus estudios. Optó por escribir una disculpa y la mandó al Obispo. A los tres días llegaron unos hombres de luto con otras cartas para el deán, en las que se leía que el Obispo había fallecido, que estaban eligiendo sucesor, y que esperaban por la gracia de Dios que lo elegirían a él. Decían también que no se molestara en venir, puesto que parecía mucho mejor que lo eligieran en su ausencia.

A los diez días vinieron dos escuderos muy bien vestidos, que se arrojaron a sus pies y besaron sus manos y lo saludaron Obispo. Cuando don Illán vió estas cosas, se dirigió con mucha alegría al nuevo prelado y le dijo que agradecía al Señor que tan buenas nuevas llegaran a su casa. Luego le pidió el decanazgo vacante para uno de sus hijos. El Obispo le hizo saber que había reservado el decanazgo vacante para su propio hermano, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Santiago. Fueron para Santiago los tres, donde los recibieron con honores. A los seis meses el Obispo recibió mandaderos del Papa, que le ofrecían el Arzobispado de Tolosa, dejando en sus manos el nombramiento de sucesor. Cuando don Illán supo esto, le recordó la antigua promesa y le pidió este título para su hijo. El Arzobispo le hizo saber que había reservado el obispado para su propio tío, hermano de su padre, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Tolosa. Don Illán tuvo que asentir.

Fueron para Tolosa los tres, donde los recibieron con honores y misas. A los dos años el Arzobispo recibió mandaderos del Papa, que le ofrecía el capelo de Cardenal, dejando en sus manos el nombramiento de sucesor. Cuando don Illán supo esto le recordó la antigua promesa y le pidió ese título para su hijo. El Cardenal le hizo saber que había reservado el Arzobispado para su propio tío, hermano de su madre, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Roma. Don Illán tuvo que asentir. Fueron para Roma los tres, donde los recibieron con honores y misas y procesiones. A los cuatro años murió el Papa y el Cardenal fué elegido para el Papado por todos los demás. Cuando don Illán supo esto, besó los pies de Su Santidad, le recordó la antigua promesa y le pidió el Cardenalato para su hijo. El Papa lo amenazó con la cárcel, diciéndole que bien sabía él que no era más que un brujo y que en Toledo había sido profesor de artes mágicas. El miserable don Illán dijo que iba a volver a España y le pidió algo para comer durante el camino. El Papa no accedió. Entonces don Illán dijo con una voz sin temblor:

—Pues tendré que comerme las perdices que para esta noche encargué.

La sirvienta se presentó y don Illán le dijo que las asara. A estas palabras, el Papa volvió a hallarse en la celda subterránea, solamente deán de Santiago, y tan avergonzado de su ingratitud que no atinaba a disculparse. Don Illán dijo que bastaba con esa prueba, le negó su parte de las perdices y lo acompañó hasta la calle, donde le deseó feliz viaje y lo despidió con gran cortesía.

"Libro de los Enxiemplos" (1575).

Pedro Salinas, Agonía De la Cultura Española

por F. FERRANDIZ ALBORZ

EL 4 de diciembre de 1951 murió en Baltimore, Estados Unidos, el profesor de español —idioma y vida— Pedro Salinas. Pero su profesorado alcanzó nuevo grado espiritual porque lo fué también de poesía. Asoma un paralelismo discordante en los dos términos, profesor y poeta. Pero no hay discordancias en la doble función de Pedro Salinas. En él lo fundamental es lo inteligente. Entre el sentimiento evocador de Antonio Machado y la pasión sensualista de García Lorca, la poesía de Salinas es de claridad intelectual y aliento meditativo. Una poesía para meditarla después de leída, para sentirla después de analizada, pero meditación y sentimiento que brotan como relámpago en el momento mismo de su lectura. En la poesía de Pedro Salinas no vale el "no entiendo" para el lector que busca en los versos recreación espiritual, encuentro de lo incierto con la seguro:

"Ya no puedo encontrarte
allí en esa distancia, precisa con su
[nombre,
donde estabas ausente.
Por venir a buscarme
la abandonaste ya. Saliste de tu
[ausencia,
y aun no te veo y no sé dónde estás.
En vano iría en busca tuya allí
adonde tanto fué mi pensamiento
a sorprender tu sueño, o tu risa, o
[tu juego".

De "La Voz a tí debida".

Desde "Presagios" (1923 a "Razón de Amor" (1936), la poesía de Pedro Salinas es una persistencia lírica bien lograda, en la que la personalidad asegura perfecciones selectivas. El menos popular de los poetas, pero el más hondo de resonancias humanas en las imágenes, todas ellas de complejo íntimo.

Este fino poeta fué un gran crítico. ¿Cómo entendía la crítica literaria, especialmente la poética? Leamos su palabra: "Para mí, la misión mejor de la crítica es revelar o enriquecer las potencialidades poéticas que existen en una obra... Se olvida muy fácilmente desde los zancos de la pedantería profesoril que el poema ha sido escrito para ser leído y vivido por un lector... La función del crítico es aproximar el poeta al lector y no encaramarse sobre ellos y que le sirvan de escabel para su vanagloria...

...El mayor peligro de la literatura está en las huestes de gentes que, por ganarse la vida, sin sensibilidad ni amor por la poesía, se ven en la obligación tristísima, sobre todo para el público, de escribir, horros de todo espíritu, sobre las grandes creaciones del espíritu".

Sujetemos la frase: "horros de todo espíritu". La crítica necesita erudición, cultura general, disciplina de cada especialidad, pero lo fundamental es el espíritu. Y así comprendemos la crítica de Salinas, ya reconstruyendo para el léxico de hoy el "Poema de Mío Cid", ya interpretando a Góngora, ya analizando periódicamente libros y autores de la literatura del siglo XX. En todo momento fué un espíritu en función poética. El dato lo transforma en nota, pero su erudición no es de fría arqueología sino de verbo transubstanciado en ritmo.

Su crítica abarca cuatro aspectos fundamentales, cuatro valoraciones de la cultura hispánica, por las cuales apreciamos la rica vena de su espíritu. El ya mencionado "Poema de Mío Cid", gesta popular y aventura de héroe. Lo castellano rotundo, macizo, y el horizonte luminoso que lleva a la conquista del Levante para suavizar las asperezas de la meseta. "Las Coplas" de Jorge Manrique, por las que el genio de España dialoga con la divinidad y se convierte en deseo de superación de vida en brazos de la muerte. Góngora, deleite del concepto, metáfora y giro, y soledad en el afán afirmativo del ser. De los clásicos del Hierro y del Oro, Salinas salta a un clásico contemporáneo, Rubén Darío, testimonio de que la cultura hispánica había alcanzado irradiación creadora, con nuevos valores universales más allá de la cuna materna, como la griega con Plotino en Egipto, como la latina con Séneca en España, y siguiendo inicial paridad de estos ejemplos, el brote de este resurgir literario en Hispanoamérica aparece cuando en España parecía acentuarse la decadencia, pero con una diferencia total, que Plotino es fruto de decadencia helénica, como Séneca lo fué de decadencia latina, sin que ninguna influencia renovadora ejerciera sobre sus culturas de origen. No así en el verso de Rubén Darío, que tan hondamente la ejerció en el resurgimiento de las letras y sensibilidad españolas. José Ortega y Gasset, señala esta influencia cuando, en su ensayo "Los versos de Antonio Machado", hablando de la "rehabilitación del material poético", nos dice que "una estrofa es una isla encantada donde no puede penetrar ninguna palabra del prosaico continente sin dar una voltereta en la fantasía y transfigurarse", y refiriéndose a Rubén Darío: "Esto vino a enseñarnos Rubén Darío, el indio divino, domesticador de palabras, conductor de los corceles rítmicos. Sus versos han sido una escuela de forja poética. Ha llenado diez años de nuestra historia literaria".

El módulo espiritual para la crítica, de raíz poética, lo aplica también Salinas en las traducciones. Difícil problema el de las traducciones. ¿Cómo traducir la poesía, que a la postre se hace con palabras que nunca podrán expresar el Verbo del autor? Pero más difícil que la poesía misma es la traducción de obras que son una visión de ensueño en la vida íntima sobre el lienzo luminoso del mundo, una de esas obras síntesis de poesía y autobiografía, de novela y drama, de meditación discursiva y contemplativa del sentir y el ser. Pedro Salinas nos dió la exacta significación de una de esas traducciones con las obras de Marcel Proust: "Por el camino de Swan", "A la sombra de las muchachas en flor" y el primer volumen de "El Mundo de Guermantes".

Este poder de asimilación de elementos culturales propios y ajenos, de su pueblo y los demás pueblos, en parte es producto de su espíritu viajero, siempre en función de cultura. Lector de Español en la Sorbona de París, lector de Español en Cambridge, Profesor del Wellesley College y después en la Universidad de John Hopkins en Baltimore.

Perteneció a una generación puente entre los últimos valores del 98 y los de la postguerra mundial de 1914. Con Juan Ramón Jiménez y Gabriel Miró, con quienes vivió trabado en fuerte amistad, forma la trilogía de los poetas puros, pero no de esa pureza de alambique y filtro, sino de la pureza generativa de estilo en la impresión y la imagen por amor de poesía (y para quienes digan que Gabriel Miró no escribió versos, será ocioso decirles que toda la prosa de Miró es, por su impresión metáfora y ritmo, poesía quintaesenciada). Y como espíritu intermedio del fluir de renovaciones literarias, las sintió igualmente políticas. Hizo sus primeros ensayos poéticos en las revistas "España" y "Europa", pasando luego a la "Revista de Occidente". Trabajó en el Ateneo de Madrid, centro del resurgimiento intelectual de España, ganó por oposición la Cátedra de Literatura Española de la Universidad de Sevilla. Preparó las ediciones críticas de clásicos, "Poesías" de Juan Menéndez Valdés, "Poesías Completas de San Juan de la Cruz" y Fray Luis de Granada. Su libro "Literatura Española del Siglo XX", es fruto, en su mayoría, de "Indice Literario", del "Centro de Estudios Históricos", que él dirigió.

Su espíritu renovador de valores literarios, poéticos, era consonante con su deseo de renovación política. A la hora de las definiciones, Pedro Salinas demostró no ser uno de los tantos intelectuales mostrencos, que tanto abundan, sin un espíritu integral. En él la sabiduría y la poesía eran consonantes de la democracia y la libertad. Fuera de este clima, la cultura pierde su ley de gravedad espiritual. Porque la poesía asciende por sí misma a esferas de recreación suprema, pero con naturalidad de pulso e impulso. Y un poeta es ciudadano de máxima categoría responsable del destino de su pueblo. Continúa siendo un juglar, recogiendo la flor de la leyenda para trasmitirla como mensaje a las futuras generaciones.

Por eso se definió. No estaba contra esto o aquello sino con la democracia, que es ley de pueblo, y con la libertad, que es flor de la cultura. No podía estar con los otros, ni necesitaba avales libeláticos para adquirir beligerancia combativa, la tenía desde siempre por ley natural de poesía. Y prefirió el exilio, porque lo contrario significaba el sometimiento, funeral del verso. Y calculemos el drama de este hombre, uno de los más finos intérpretes de la tradición española, tradición auténtica de palabra hecha Verbo. Pensemos lo que significaba para él vivir ausente de España. Cuando se le preguntó a ese respecto, dijo: "Ha supuesto, en primer lugar, la falta de España, su habla viva, excepto el período que pasé en la América Hispánica, los amigos, los compañeros de generación y el público. Es decir, España como realidad, que no puede compensarse con nada..."

Y se alejó de esa realidad porque la consideraba desvitalizada. Tan fervientemente sentí la emoción de libertad como vínculo de patria terrígena y espiritual, que ni en la muerte ha querido su expatriación. En él su vida no fué una actitud o ademán sino realidad entrañable: su palabra no fué vanidad retórica sino realidad activa. En su estudio sobre Jorge Manrique se refiere al "Arte de Morir" y dice: "Esto es lo esencialmente asombroso de las **Coplas**, como de todo gran poema: que **hace** lo que **dice**, que sus palabras, por serlo en función poética, son actos". La muerte como complemento de nuestras palabras ordenadoras de nuestra vida.

Conveniente será recordar su libro "La Poesía de Rubén Darío", donde hablando de las patrias del vate nicaragüense, dice: "Así Rubén vivió en todas partes como Erasmo y Vives. El llegó por vía de lo poético, intuitivamente, a ese mismo concepto de patria de los grandes humanistas. En ella caben la tierra del nacer, las tierras del crecer, los dones de la carne, los logros del espíritu.

Lustre de Castilla, ensoñación dormida del mar Mediterráneo, gracia formal de los clásicos humanistas, contradicción crítica del mundo contemporáneo, el estilo de Pedro Salinas se hace amargo humor por el imperativo de la consecuencia, que obliga a renunciar a la mejor prenda de nuestra alma, al lar de nuestros mayores, a la comunidad de nuestra voz en su nativo templo de ecos. Los espíritus más selectos de Hispanoamérica, cuando quieren hallar uno de esos ecos de resonancia eterna, buscando a la luz la raíz de su espíritu, viajan a España para ponerse en contacto con las cosas y los hombres. En el rotarismo de nuestras desdichas, los españoles, cuando queremos reconstruir nuestra propia patria, venimos a Hispanoamérica en busca del eco perdido de nuestra voz ancestral. Y aquí hallamos la resonancia, y tan profundamente vibra en nosotros, que preferimos la muerte bajo esta tierra revalidadora de nuestra historia.

Así lo prefirió Pedro Salinas, con agonía de supervivencia más allá de unas fronteras de mar y tierra, a conciencia de que el hilo sutil de su poesía le amarraba para siempre a la fábula de su estirpe, en el mundo polifónico que se extiende desde el Romancero del Cid a los "Cantos de Vida y Esperanza".



LA FILOSOFIA EN ESPAÑA

por REGINALDO FRASCISCO o. p.



AL pensar en la última época de la filosofía española, uno se acuerda de aquellas palabras de Goethe: "Lo que has heredado de tus padres, gánalo para poseerlo".

Porque es triste que en las dos centurias que nos precede apenas haya habido en este país vestigio alguno de filosofía. Podemos señalar a Balmes, a Donoso Cortés, al Padre Ceferino como oasis en un verdadero desierto. Los intelectuales han salido con demasiada frecuencia de su campo para mezclarse en problemas políticos, que con no menos frecuencia ocasionaron transtornos en las aulas de las antiguas universidades. Sólo en los centros eclesiásticos vegetaba la escolástica como único resto de las glorias... dialécticas, mientras los llamados filósofos de la época traducían servilmente los más flacos y desacreditados manuales de ideología europea.

Así pasaron por España el sentimentalismo de Laroninguier, el eclecticismo de Roger Callard, el idealismo germánico y, sobre todo, el krausismo que ha dejado huellas profundas en la vida intelectual, moral y política del pueblo y del que se nutrió toda la generación del 98 y, a través de ella, la generación actual.

¿Asistimos hoy a un resurgir de la filosofía española? Parece que sí.

LAS DIRECTRICES FUNDAMENTALES

Vamos a ver las direcciones fundamentales de la actualidad filosófica en el país de Séneca y patria del **realismo** (es un colorido de índole peculiar: realismo en la épica nacional —recordemos el Cid; en la novela, Cervantes ha dejado un análisis profundamente psicológico de la España que vivió; en el arte— con Velásquez, el más realista de los pintores ibéricos; en la poesía misma — García Lorca con sus realidades mágicas):

1) **El raciovitalismo.** — Se trata de un nuevo camino para acceder a la vida como "realidad radical". Fué la pretensión de Nietzsche, Bergson, Dilthey y de casi toda la filosofía moderna que, en sublime y desesperado intento, quiso atribuirse lo que sólo Cristo pudo decir de sí mismo: "Yo soy el camino, la verdad, la vida". Pero fué, al parecer, Ortega el que tuvo la suerte de hallar la vía de acceso a la realidad viviente mediante una síntesis de dos exclusivismos: el racionalismo y el vitalismo. Esta síntesis, por no recoger la parte de verdad que aquellos entrañaban, tiene ya definida su suerte. Se hundirá como ellos, aunque Julián Marías crea que no se ha entendido bien la "razón vital".

2) **El existencialismo.** — Todos saben qué sistema asistemático es este. En España el adalid era, sobre todos, Miguel de Unamuno. Pero, aunque presenta ahora una actualidad y vigencia que no pueden negarse en muchas escuelas, el existencialismo español tiene también contados los días. "La Historia no tolera el error una vez advertido y pasa a una nueva fase". Más que Sartre, son Marcel y Fabro los que están siendo traducidos hoy.

3) **Un neoescolasticismo** que aparece a principios del siglo, abierto a las corrientes vitalista y axiológica, no muy cercano del neotomismo de Mercier, Gemelli y Olgiate. Se considera hoy casi enteramente superado.

4) **El suarismo puro.** — No tengo nada que añadir sino que es "puro suarismo". Oña, Chamartino de la Rosa, Comillas o San Cugat del Vallés, son otras tantas realidades sobre las huellas del filósofo granadino.

5) **El suarismo de tendencia existencialista.** — Es una pretendida síntesis del existencialismo jaspersiano con cierto esencialismo latente en la obra de Suárez. Síntesis que supone el abandono de ambas posiciones para entrar en la vía recta del realismo esencial - existencial.

6) **El franciscanismo.** — Vegeta solitario entre los hijos de San Francisco por el cauce estrecho que le labró el "seráfico doctor" San Buenaventura. Es notable el empeñoso interés con que buscan, en esta última hora, un acoplamiento de las sutiles distinciones de Duns Scoto con la doctrina de Santo Tomás. Alguien dice que acaso es una condicion previa para la canonización del maestro, más se trata de malas lenguas...

7) **El tomismo.** — Angel González Alvarez, profesor de Metafísica en la Universidad de Murcia, señalaba recientemente que la filosofía en España está volviendo al tomismo de la ciencia moderna a la luz de la filosofía clásica o "perennis", y, al mismo tiempo, de la filosofía de Santo Tomás a la luz de la ciencia y de la cultura modernas. Este movimiento, en verdad, se va desarrollando con un cierto éxito.

Las solemnes celebraciones del nuevo centenario de la Universidad de Salamanca, en estos días, han permitido pues observar un verdadero resurgir de la filosofía española o por lo menos el interés por ella.

CUATRO FILOSOFOS ESPAÑOLES MODERNOS

De las figuras más representativas de la filosofía española de nuestro tiempo, quiero delinear ahora aquellas que en mayor grado influyeron en la formación de la mentalidad común de la juventud: Unamuno, Ortega, Morente, Zubiri.

Don Miguel de Unamuno. — He aquí una de las figuras más discutidas dentro y fuera del marco intelectual español. A causa de su proteicidad resulta difícil señalar el color de su bandera. ¿Es filósofo o novelista, dramaturgo o poeta o sólo filósofo? Hasta se lo ha considerado como digno émulo de los grandes místicos de España....

Yo no dudo que el hilo conductor de todo su pensamiento y de toda su obra literaria sea filosófico - religioso; el problema de la inmortalidad o, mejor, la preocupación de la muerte. En torno a este problema irán engarzándose las verdades de su "credo" hasta llenar un sistema filosófico propio, vivido con toda la fuerza de su espíritu. He dicho propio —aunque en realidad no pueda ir sólo en página luminosa de historia alguna de filosofía— obedeciendo a un deseo suyo: "Que nadie me coloque en una caja de entomología con una etiqueta que diga: "género tal, especie tal...".

Sin embargo, al definir la filosofía como "reflexión sobre el sen-
Al choque violento de su fe y con
timiento trágico de la vida" o "formulación de la lucha entre la razón y la fe", milita con claridad en el campo existencialista de línea directamente kierker gaardiana.

Alma desesperada como el danés, sintió las angustias de la muerte a la débil luz de un cristianismo absurdo, salido a presión de su agitada existencia, de su perpetua inquietud. El Evangelio o Harnak, Pablo de Tarso o Loysy fueron indiferentemente las fuentes de sus creencias filosófico - religiosas, que le hicieron vivir la exaltación del "naufragio", el tedium vitae de la humanidad.

El yo concreto y existente —"hombre de carne y hueso"— es el sujeto - objeto de su filosofía, porque todo el hombre filosofa y lo hace con otros hombres de carne y hueso también. Este realismo integral y concreto pretende que todas las conclusiones filosóficas tengan un valor directo para mí, como soy en realidad. Ahora bien, ser (existir) es mi supremo interés, y lo primero que pregunto a la filosofía es "si yo voy a ser inmortal". Me importa menos mi origen... Me encontré en el mundo existiendo con las cosas... Arrojado entre ellas... "Lo que quiero saber es si yo voy a morir del todo, definitivamente".

Con esta preocupación agónica de perdurar, afirma —tergiversando la Etica de Spinoza— que ese hombre de carne y hueso no tiene otra esencia que el anhelo de no morir: la existencia que cada uno siente en su intimidad y que se manifiesta en el "instinto de conservacion y perpetuación". Unamuno ha sentido tal vez como nadie la grandeza trágica de este problema, aunque no haya acertado a resolverlo y ni siquiera a formularlo.

Al choque violento de su fe y con su razón, surgió la duda La fe es para él una facultad real del espíritu cuyo objeto será "crear lo que vemos". Se trata de una fe modernista, de origen sentimental y radicada en el instinto de perpetuación. La razón es otra facultad que nos coloca en la esfera intelectual y se desarrolla al servicio del instinto de conservacion: es enemiga de la vida íntima: "para comprender algo, hay que matarlo... La ciencia es un cementerio de ideas muertas".

Estas dos facultades, hermanas, pero esencialmente enemigas, fundan dos modos de filosofar: el del **Homo faber** —racional, basado en la noción—, y el del **Homo sapiens** — irracional, basado en esa fe que es sentimiento. Ambas dos son legitimas maneras de filosofar, pero irreductibles. Dos éticas, dos religiones por consecuencia; doble cultura, la racional o estática, y la irracional o dinámica. Aquélla no puede responder a mi pregunta porque es una pregunta irracional; ésta me llena de consuelo pero es ridícula a los ojos de la ciencia. ¿Elegir?

Unamuno prefirió no elegir, y aceptó conscientemente luchar por la existencia: edificar constantemente por la fe lo que constantemente con la razón destruímos... Lucha por la inmortalidad sobre un fondo racional - irracional. Como única norma de nuestra vida ética, la "duda pasional": obraremos el bien no porque creamos ser verdadero un dogma que nos lo exige, sino para que lo sea. "Y si es la nada lo que nos está reservando, haremos que sea una injusticia esto". Puesto que no es una ética de premio y castigo, podríamos prescindir de Dios y, por tanto, de la religión. Pero necesitamos que Dios exista para salvar la inmortalidad personal, por tanto, el Dios de Unamuno es un dios inmortalizador y sólo por que lo es le interesa.

Su posición filosófica, según mi parecer, contiene buen número de aberraciones y vacío; pero esto no impide que al menos sus apasionados conatos de superar al racionalismo y positivismo sean vistos con simpatía por los cultores sinceros de la verdad.

Ortega y Gasset. — Recientemente se ha renovado el interés por las doctrinas de este pensador. Sin embargo no hemos tenido la esperada desde largo tiempo conclusión del largo camino de su pensamiento...

Voy a recordar que la dimensión primaria de este pensamiento es el vitalismo en su aspecto historicista. En su primer libro **"Meditaciones del Quijote"**, se halla la fórmula: "Yo soy yo y mi circunstancia", que es el mejor exponente de nuestra afirmación. **Circunstancia.** Las cosas mudas que están en nuestro próximo derredor y constituye parte de nuestra persona. **Vivir** —se trata de mi vida— es, pues, "convivir", coexistir, tramarse en una red sutilísima de relaciones.

Ortega, al contacto con las novísimas esencias de la filosofía alemana, tuvo una intuición de la vida como realidad radical y de la necesidad de un modo distinto de aprensión para acceder a ella. Esboza su teoría de **la razón vital**, destronando la razón pura, pero para caer en otro exclusivismo: el de convertirla en una forma y función de la vida. Así pudo suscribir las afirmaciones duiltheyanas de que la filosofía ha dejado de ser concepto científico para ser "visiones del mundo", "magnitudes históricas condicionadas por el tiempo y el espacio". Pero no sólo eso, sino que también el hombre —portador de la historia— queda del todo fluidificado o hecho historia: "El hombre no tiene naturaleza, si no historia".

Es pués, dos veces historicista: una por suscribir la historificación fundamental de la cultura y de los valores; y otra, por inducir formalmente y expresamente la fluidificación del portador de dicha cultura: hombre.

Se diría que Pío XII hubiera pensado en él, al escribir en su cíclica **Humani generis**: "Existe un falso historicismo, que se atiene sólo a los acontecimientos de la vida humana y, tanto en el campo de la filosofía como en el de los dogmas cristianos, destruye los fundamentos de toda verdad y ley absoluta".

En efecto, para mí, Ortega lleva al peor relativismo.

M. García Morente. — Porque no sólo es filósofo el que inventa un sistema con un sufijo en ismo, sino todo el que vive la problemática filosófica, Morente nunca pretendió el señuelo de la originalidad, pero tampoco fué un mero repetidor" de Filosofía, sino que sorprendió en ella una realidad efectivamente vivida en sus más profundas dimensiones personales.

Su aportación filosofica tiene dos aspectos: el de traductor, y el de profesor universitario. Como traductor, realizó una labor prodigiosa que le hubiera merecido —de pertenecer al siglo XIII— figurar en la escuela de Toledo. De este carácter es casi toda su obra impresa, que no es mucha.

Pero lo que interesa en Morente son los 30 años de docencia universitaria en los que fué "virtuoso de la diafanidad filosófica" —al decir de sus discípulos. Con su mente clara, con su criterio sereno y su palabra fácil, logró desde su cátedra (de Etica) hacerles vivir y revivir el problematismo de la filosofía, de una filosofía ajena en sus trazos generales, pero propia en cuanto suya, en cuanto vivida y meditada por él y signada con su propia inspiración. Esta filosofía fué dibujándose en su inteligencia en diferentes momentos y con diferente colorido... Formado en Francia y Alemania, dió sus primeros pasos sobre las huellas de Kant, a la sombra de Cohen y Natorp. Después el bergsonismo, la fenomenología, la teoría de los valores etc., se van integrando en su área conceptual. Todavía le quedaba un hueco de insatisfacción: sentía exigencias de un recio basamento ontologico en qué apoyar estas doctrinas. Por eso, cuando Ortega o Heidegger intenta aplicar el método fenomenológico a la ontología —lo intentaron solamente—, se cumplió la última fase, fase de maturidad, en su ideología.

Con el sacerdocio, recibió Morente nuevas luces y acertó entonces con la solución de los grandes problemas filosóficos con que siempre viviera enfrentado: la muerte, la inmortalidad y Dios. Su último deseo fué devolver al hombre su existencia humana, colocarle en una senda de amplias perspectivas que le lleva al Ser necesario, fundamento de sí mismo y de todos los demás seres.

Pero Dios le hizo otra llamada urgente —la última ya— antes de que la Filosofía hubiera cosechado los frutos en su mayor empeño y de sus mejores esfuerzos.

Xavier Zubiri. — Finalmente, no quiero terminar este rápido bosquejo de la actualidad filosófica española sin recordar, siquiera, una de sus figuras más expresivas: me refiero a Xavier Zubiri. Durante mucho tiempo Zubiri fué "uno más que una X o una Z, incógnitas de valor desconocido". Vivía en silencio, dedicado a sus discípulos —pocos, pero de vocación sincera— en la Facultad de Filosofía, me parece, de Santander. Pero desde que en 1948 apareció su obra **Naturaleza, Historia, Dios**, que es un denso precipitado de su pensamiento filosófico, la existencia de Zubiri se hizo del todo pública.

Aunque sea temprano aún para definirle y se le considere como el pensador más sutil y mejor dotado para la especulación metafísica de cuantos respiran su ambiente, la pretensión de ampliar el horizonte intelectual del cristianismo, insertando en él la "espléndida" filosofía de algunos griegos lo hace muy sospechoso.

Desconfío también de la exégesis paulina que intentó a la sola luz del viejo Parmenides y de los novísimos Ortega y Heidegger.

Finalmente, Zubiri se hace cargo del tema existencialista al considerar la existencia humana como "arrojada entre las cosas... y cobrando ella en este arrojamiento el arrojo de existir". El hombre tiene que hacerse entre y con las cosas, pero necesita la fuerza de estar haciéndose. Por eso concluye que estamos "relegados a lo que nos hace existir: Dios".

Todo es bien lo que acaba bien...

EL ESPEJO

CUENTO

por

J. M. CABALLERO BONALD

ISABEL estaba mirándose en el espejo. El espejo era más bien pequeño, ligeramente ovalado; tenía un liviano marco de caña dorada con incrustaciones. Por los bordes, el azogue se había saltado un poco y unas manchas sutiles contorneaban el bisel. Isabel estuvo mirándose largamente, insistentemente, llena de una estremecedora, de una inexorable alucinación. Isabel movía el espejo entre sus manos, lo cambiaba de postura, se quedaba quieta, de pronto, el mirar parado en su imagen, cada vez más hundida en el variable y misterioso brillo de cristal.

Pasó mucho tiempo, no se sabía cuánto. (El tiempo resbala por los espejos de una manera imperceptible, también con una aceleración insólita.) Isabel ya no se veía con claridad. Sin embargo, dentro del espejo, empezaron a bogar nubes y pétalos de florecillas minúsculas, vilanos y telas de araña. A veces, todo aquel nebuloso mundo se salía del espejo y volaba por la habitación, deteniéndose, finalmente, en el lugar más inquietante y tenebroso de la pupila. Isabel se imaginó que no era ella quien estaba allí mirándose, quien vivía allí contemplando el horror de su propio desconcierto. Después, pudo advertir que el espejo se oscurecía un poco, se iba volviendo cautelosamente más profundo. Y llegó un momento en que ya no tenía dimensiones, y detrás de él, allá en sus hondas estancias, Isabel percibió una vida que se estaba moviendo, que se estaba acercando casi con desesperación, incluso con un horrible ruido a hueco, a huracán lejano, a abismo, en fin. Se le antojó que allí escarceaban otras criaturas, que el espejo se había roto en mil pedazos turbios y que de cada uno de ellos iba multiplicándose un ser que jamás había visto, pero que conocía de algo, que se parecía, desde luego, a alguien. Más tarde, creyó que se estaba hundiendo en una mar de angostas orillas, en un piélago rugidor de oleajes que la empujaban hacia otros cuerpos, hacia otros náufragos que eran ella misma con miles de brazos agarrados a una insondable condenación.

Aunque muy vagamente, Isabel se dió cuenta que se acercaba su madre. La madre de Isabel era ya vieja y tenía la cara apacible y agarbada, mesurado el gesto, los ojos sufridores y ajada y de lívidos contornos la boca. La madre de Isabel miraba siempre desde detrás de una lágrima densa y expectante que le manaba del párpado y que nunca acababa de caer. La madre de Isabel amaba a su hija hasta donde más se puede amar, según ya se sabe, y andaba con frecuencia detrás suya, preguntándose cosas sin una importancia considerable, queriendo saber todo lo de ella, indagar todo lo que ella se callaba, lo que tampoco existía, a lo mejor.

—Isabel, hija mía, ¿qué haces ahí mirándote en el espejo?

Isabel no contestó. Seguía con el mirar trasmudado en el vacío, acariciando el espejo con un ademán piadoso y sobrecogedor, con un ademán casi inhumano. Parecía como si viviera ya destituída de su propia realidad, como si se hubiese deshabitado de su misma vida y sólo le hallase sentido al sometimiento de aquel mundo turbador.

—¿Isabel, hija mía, ¿es que no me oyes?

—Déjame, madre. Estoy aprendiendo cosas terribles...

—No sé de lo que me hablas... Isabel, dime, ¿por qué te miras tanto? Tú eres hermosa, hija mía, yo también fuí hermosa. No pienses en nada más.

—Si no es eso, madre. Ven, acércate tú. Mira con atención, anda.

—No entiendo, Isabel, no comprendo qué quieres que mire.

—¿Qué ves, di?

—Nada, no veo nada, no veo absolutamente nada.

—Mira bien, madre. ¿No ves nada de verdad?

—¡Nada, nada! Sólo veo una gran laguna inhóspita, el ámbito desnudo de la habitación, en todo caso. Es cuanto puedo decirte.

—¡Oh, madre!...

Isabel se dió cuenta que se estaba aburriendo horriblemente, que se estaba quedando sola, más sola cada vez. Tuvo que sentarse en una silla. La quieta lágrima de su madre se fué haciendo grande y envolvente como una túnica, y empezó a rodar por aquel cuerpo atribulado, inundándolo, volviéndolo manso y desvalido, llenándolo de una inclemencia atroz, de una inclemencia que casi podría llegar a destrozar su carne.

—Pero ¿qué te pasa, hija mía, qué te pasa? Háblame a tu madre de lo que te pasa.

—Debes mirarte más, debes ver algo que no has visto nunca. Te lo pido por lo que más quieras en este mundo.

—Isabel, por Dios, no me hagas sufrir de este modo. Me faltan las fuerzas.

—¿Es que no puedes hacer un sacrificio? ¿Es que no merece tu hija que hagas un pequeño sacrificio por ella, que la acompañes a mitigar su ignorancia, cuando menos?

—Ayúdame, Isabel, no me desasistas. Ya no tengo años para sufrir.

—¿Es que no puedes, es que no quieres ver en este espejito, en este trozo diminuto de convencimiento, un lugar donde alguna vez has estado, no sé si viviendo, una forma que acaso origina la miseria de todos los cuerpos de la tierra?

—¡Hija!

—¿Es que no quieres ver aquí un poco de mar inexplorada, un ser que se está destruyendo, un velo que irremediablemente se descorre para insinuar a Dios sabe qué misterioso aviso?

—¡Isabel!

La madre de Isabel empezó a llorar entrecortadamente, irrespirablemente. Isabel la tocó en las mejillas y las mejillas parecían hechas de metal, de un metal delicado y rugoso, de un metal frágil y casi incandescente. Después Isabel fué resbalando su mano hasta mojársela en los ojos de la madre. Otra vez se sentía llena de un aburrimiento invencible, de un aburrimiento verdaderamente envilecido. (Muchas veces, esa es la verdad, la vida aburre. Es algo que no se puede impedir y si se querría. A lo mejor, lo que más aburre de la vida es el dolor de quien se ama.) Isabel, por ejemplo, miraba a su madre llorando y hubiese querido consolarla, decirle algo que redimiese, pero no podía porque se estaba aburriendo hasta la ignominia.

Isabel, de pronto, salió. Anduvo despacio y como alobada por la galería. En las ventanas brillaba el sol apacible del atardecer. Aquello era, sin duda alguna, de una hermosura incontaminada, y cantaba cerca una voz alegre y varonil. Llegaba también hasta ella el suspirar de la madre. Y el cantar y el gemir se juntaban, iban uno dentro del otro rodando por las habitaciones, por las amables, por las solícitas habitaciones, de la casa. Isabel comprendió nuevamente que estaba sola, irreparablemente sola, no sabía si de aburrimiento o de desesperación. (Es muy posible que la soledad hiera también a los que se quedan del lado de la vida).

En la pared de la galería, ya en el último tramo, junto a la vitrina de los idolillos, había colgado un espejo grande, con un ancho filo de madera clara y medallones en los ángulos. Isabel se acercó a él y temblaba toda como un héroe. En la mano llevaba su espejito ovalado. Lo levantó y lo puso detrás suya, a la altura del grande, frente a las reflejadas salpicaduras del bisel. Poco a poco, asomó allí sus ojos y fué moviendo el espejito hasta encontrarse con su nuca. Su nuca era rubia y tierna, o, al menos, era de un tono suave, con todo el cabello sin peinar y recogido desordenadamente hacia arriba. Isabel se sonrió casi con crueldad.

—Isabel, ¿qué haces?

Isabel vió a su hermano a través del espejo de la galería. Al principio, lo vió bien y distinguió su rostro con toda normalidad. Luego, se le fué enturbiando la imagen y terminó confundido entre cuerpos emboscados, entre cuerpos ciegos, entre cuerpos que, seguramente, se arrastraban sobre cristales secretos y heridores.

—¡Isabel!

—No grites.

—Pues contéstame. Te he preguntado qué haces.

—No hago nada, ¿no te das cuenta?

—Madre está llorando. Y la has hecho llorar tú, ¿te enteras?

—¿Cómo?

—Nada, que eres una...

Ramón, el hermano, estaba enfebrecido y balbuciente. El mirar lo tenía sobresaltado, trémulo de brillos sanguinolentos. De pronto, levantó el brazo y le dió a Isabel un golpe en la cara. Isabel se desplomó y notó un calor insufrible, algo así como un chorro llameante que le iba subiendo por el pecho y que se le metía dentro de la boca.

Ramón se acercó hasta Isabel y se quedó parado junto a ella, mirando para el suelo, ya que iba azulándose con la claridad de la noche caediza.

—¡Levántate, tú!

Isabel se levantó con una calma increíble, con una calma desconcertante, y le temblaba todo a su alrededor y se sentía más aburrida que nunca. Su espejito yacía sobre una juntura del tablaje, cerca del zócalo de brocatel. Lo recogió con un cuidado de enferma, con una piedad desmedida, y lo frotó un poco contra la tela de su falda. Ramón la miraba hacer con un gesto lleno de bravosía.

—Tira ese espejo ahora mismo.

Isabel, ganada de una obediencia insólita, se fué a la ventana del fondo y tiró por ella su espejito. No se le oyó caer abajo. Ya era la noche y olía la yerba novicia y murmuraba el fragüín cercano entre los aromáticos musgos del herrenal. De la parte del monte, y a favor del oscuro, venía revolando la zumaya traidora.

Isabel, con toda mansedumbre, se separó de la ventana y anduvo un trecho de la galería. Iba despacio, sin saber dónde pararse, pensando con cierta vaguedad que todo aquello era de una enorme ridículez de una ridículez casi inconcebible. Poco a poco se sintió desfallecer: comprendía que la dominaba un aburrimiento definitivo.



EL CINE EN HISPANOAMERICA

por MARIANO PEÑALVER SIMO

EL CINE COMO INDUSTRIA

Descendamos ahora un poco, y abordemos la realidad del cine en su faceta económica. Apuntemos someramente los problemas que en los países hispanoamericanos tiene planteados la industria cinematográfica.

Actualmente podemos decir que sólo Méjico y Argentina poseen una industria de cine organizada y eficaz. Ensayos frustrados de alcanzar esta meta se han intentado simultáneamente en Chile, Perú y Venezuela.

Chile intentó hacer cine nacional contando sólo con unos estudios anticuados y unos materiales deficientes. Fracasó irremediablemente. Hoy intenta compensar aquellas pérdidas utilizando equipos más modernos, más todavía es prematuro adelantar algo sobre su resultado.



Perú, con medios igualmente imperfectos, apenas consiguió filmar algunas cintas aceptables.

Venezuela, contando con dinero sobrado y grandes ilusiones, consiguió un premio en Cannes, con su cinta **La Balandra Isabel**. Pero económicamente la película significó una pérdida, pues su explotación comercial aún no ha conseguido enjugar los cuantiosos gastos que hubieron de arrostrarse para su realización. Con ese mismo dinero y en el mismo tiempo, se hubieran hecho en Méjico tres películas de la misma calidad. El defecto radica en la falta de pericia en la dirección del negocio. Sus efectos han sido bien aleccionadores.

Son dos, pues, los factores que han de concurrir para crear una industria cinematográfica próspera y segura: unos medios técnicos idóneos — materiales y humanos — y una perfecta organización.

Cuba ha comprendido esto bien y, aunque tiene las mismas ambiciones que los países a que nos hemos referido, el fracaso sufrido por éstos le ha inducido a obrar con más cautela y cuidado. Y así, antes de lanzarse a la peligrosa aventura de realizar películas de largo metraje, ha comenzado a hacer cintas cortas, noticiarios y documentales, gracias a los cuales está acumulando experiencia y formando a la vez un equipo de técnicos que han de ser en un futuro muy próximo los impulsores de un más amplio y ambicioso intento.

Entresacamos, así, un tercer elemento que añadir a los medios técnicos y a la organización: una bien acrisolada experiencia.

Méjico y Argentina poseen estos tres elementos en un grado variado. Pero todo ello no es suficiente para sobreponerse a un factor especialmente importante: la competencia extranjera fuera y dentro del país.

La competencia en el campo internacional sólo se vencerá por la calidad de las cintas nacionales. La competencia dentro de la frontera puede ser superada además con la intervención protectora del Estado. Veamos sucintamente la trayectoria de esta intervención estatal en el campo del cine.

Refiriéndose exclusivamente a Méjico, en agosto de 1950 se crea el **Consejo Nacional de Arte Cinematográfico**, que según el artículo 8 de su constitución, estaba encaminado a "encauzar, estimular y aumentar el volumen y la calidad de las películas mejicanas". En la misma reunión se nombró la Comisión encargada de estudiar el anteproyecto de Reglamento de la Ley de Industria Cinematográfica de 20 de diciembre de 1949. Este anteproyecto fué más tarde enviado a la **Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica** para que emitiera su opinión sobre el particular. Surgieron las primeras protestas. La Cámara objetó el proyecto, entre otras razones, porque "permitía una desmesurada intervención del Estado en la industria cinematográfica, a través de un organismo descentralizado". Según el proyecto, la Comisión Nacional de Arte Cinematográfico se reservaba el derecho de señalar cuáles eran las películas que debían pasarse y el número de horas que debían exhibirse. Se permitía, además, en caso de contravención de estas normas, la intervención del negocio, que seguiría funcionando en manos de inspectores—administradores designados por el Estado.

Pero a pesar de esta oposición, el Reglamento entró en vigor, y hasta agosto de 1951 no surgieron nuevas protestas. En este mes, cincuenta empresarios de cine presentaron demanda de amparo contra la Ley de la Industria Cinematográfica y su Reglamento. Se adujeron nuevos motivos además de los ya citados, sobre todo el que se refiere al artículo 83 de la Ley, que según los demandantes "impide la libertad de contratación, ya que subordina este hecho a las determinaciones de la Dirección General Cinematográfica". Pero lo que seguramente les resultaba más penoso era cumplir el precepto que les mandaba proyectar en sus cines no menos del cincuenta por ciento de películas mejicanas en un año, lo que, según se decía, les perjudicaba el bonito negocio que consistía en proyectar, con un precio en taquilla superior al normal, películas extranjeras alquiladas por menos dinero que las propias cintas mejicanas.

Todo esto hizo el ambiente propicio para que la Ley cinematográfica fuera modificada según las reformas aprobadas en octubre de 1952. En virtud de esas modificaciones se reduce el número de empresas distribuidoras de películas nacionales, con lo que se crea un considerable problema de paro, ya que las empresas distribuidoras no autorizadas por el Gobierno, habrían de cerrar sus puertas y disolverse. Pero, por otra parte, el cine nacional tenía naturalmente que alcanzar un mayor auge en cuanto subsistiera el porcentaje limitado de proyección de película extranjera.

Es difícil prever las consecuencias de esta Ley, en cuanto aún han pasado pocos meses desde que su última redacción fué aprobada. Conviene, pues, dejar pasar algún tiempo antes de pronunciarse categóricamente sobre su conveniencia o inconveniencia.

En Argentina se ha perseguido el mismo propósito por caminos diferentes. Medidas adoptadas a finales del pasado año obligan a los exhibidores y empresarios de salas de estreno, a proyectar las películas nacionales por lo menos durante una semana, obligándoseles a alargar ese tiempo caso de que la recaudación alcanzase un cierto porcentaje con relación a la alcanzada en el mismo tiempo por una película extranjera. Se establece igualmente un tanto por ciento, deducible de la entrada bruta, y percibido, en concepto de alquiler, por los productores nacionales de películas.

Obsérvese cómo en esta ley se ha hecho depender la protección a las películas nacionales de un hecho aleatorio como es la preferencia del público. Pero este dato es suficiente para estimular a los productores a realizar mejores cintas, forzándoles a vencer en calidad a las producciones extranjeras.

Tampoco aquí, como en el caso de Méjico, nos aventuramos a adelantar las posibles consecuencias de esta Ley. Nos conformamos con subrayar su laudable propósito de estimular lealmente la producción nacional.



LA EVOLUCION ESPIRITUAL DE LOS INTELECTUALES ESPAÑOLES EN LA EMIGRACION

VIENE DE LA PAG. 5

Se me argüirá, ya lo sé, que por debajo de esta generosidad corre la habilidad política de dejar espiritualmente inerme al régimen político de España, arrebatándole sus principales banderas intelectuales y que la exaltación de Jovellanos responde a una actitud, el "jovellanismo", como lo llamó Américo Castro, que en definitiva funciona también políticamente. Yo no me siento ni con capacidad ni con vocación para discriminar aquí la pura reflexión intelectual de la calculada intención política. Pero como quiera que sea y por los rodeos que sea, parece innegable que el mundo espiritual de nuestros emigrados se ha ensanchado: antes de la expatriación, no habrían hablado así.

ESPAÑA EN AMERICA

El alejamiento de España ha hecho más comprensivo y total el amor que por ella sienten nuestros emigrados. El acercamiento les ha permitido conocer directamente la obra de España allí, haciéndose plantearse el problema de su valoración. Los importantes estudios de Altamira sobre este tema no muestran rastros de una evolución a la que el gran historiador, por diversas circunstancias, y ante todo por su avanzada edad, estaba ya sustraído. Pero ¿no es significativo que, aún no viviendo allí, Madariaga haya escrito todas sus voluminosas obras sobre España en América —**The rise and the fall of the Spanish Empire**, **Colón, Hernán Cortés y Bolívar**—, precisamente después de la guerra y desde su situación de emigrado?. De otros apenas conocemos más que fugaces alusiones; pero en todos transparece la gran estimación de la empresa americana de España. Véanse estos dos pasajes de Américo Castro:

"No se reconoce espontáneamente, por ejemplo, que la ciudad de Méjico y algunas otras de Hispanoamérica eran las más bellas del continente en cuanto a su prodigiosa arquitectura, pues esto obligaría a admitir que la dominación española no fué una mera explotación colonial" ( ). "Lo hecho por España en América: fusión con los indios, el arte hispanoindígena, el no distinguir entre las tierras de América y las de la metrópoli, y hacer de las ciudades americanas maravillas de arte..." ( )

No puedo detenerme, pero sería imperdonable no recoger esta rápida y profunda observación de Ayala:

"Testimonios como el célebre libro del padre Las Casas: LA DESTRUCCION DE LAS INDIAS — (1552), que rectamente interpretados hubieran debido despertar el respeto hacia una España capaz de condenar las impurezas inherentes a la práctica política en nombre de principios inviolables, sirvieron en cambio, de inmediato alimento a la leyenda negra" ( ).

Y, en fin, la atestación de dos poetas, Salinas y Cernuda. Al primero América le ha entrado por los ojos:

"...Bueno, más noticias. Acabo de regresar de un estupendo viaje a Sudamérica, en plan de conferencias por Colombia, Ecuador y Perú. ¡Qué de cosas he visto, qué paisajes imponentes, qué ciudades, qué iglesias esas de Quito, qué gentes! Y se saca la misma emoción de siempre: ¡qué grande ha sido España y con qué alegría y firmeza puede uno andar por estas tierras!"

A Cernuda, por el sentimiento. En sus bellas **Variaciones sobre tema mejicano**, empieza por dolerse de la indiferencia de la mayor parte de los escritores españoles de generaciones anteriores por estas tierras que forman una con la española. Y ve, ante todo, "lo nuestro", en que, igual que las de España, están vivas y son míseras. Las dos cosas juntas, porque el espíritu y la riqueza es difícil que convivan y "acaso de estar vivo sea esa pobreza y ese duelo". A los escritores antes citados importaba la grandeza española de América. A Cernuda, su miseria viva: "¡Oh gente mía, mía con toda su pobreza y su desolación, tan viva, tan entrañablemente viva¡"

Pero los emigrados no se han contentado con levantar acta de la obra hispanoamericana, sino que la han continuado. Acabo de citar los libros de Altamira y Madariaga. Pedro Salinas ha escrito el mejor libro que existe sobre Rubén Darío. Y José Gaos ha meditado sobre el pensamiento hispanoamericano, nos ha dado una antología de él y ha estudiado en particular la obra intelectual de Vasconcelos, Caso, Ramos y Alfonso Reyes.

CATOLICISMO DE ESPAÑA

LA GUERRA CIVIL

El punto de enfoque y arranque de cuanto venimos diciendo ha sido, como se recordará, la "situación" de destierro. Ahora bien: ésta fué inmediatamente determinada por la guerra civil y su resultado. Quedaría, pues, incompleto nuestro estudio si no aludiésemos a la postura actual de los emigrados respecto de aquel suceso.

Creo que, en líneas generales, pueden distinguirse tres posiciones. Hay, por de pronto, los que no han cambiado en absoluto, los que persisten, imperturbables, en su ánimo beligerante. En la obra de León Felipe encontramos una fuerte expresión poética de esta actitud. El libro **Campo abierto**, de Max Aub, puede servir como versión novelesca de la misma suponiendo que estemos autorizados para llamar novela a una recolección de materiales sin elaborar, que tanto por su forma, aún en crudo, como por su posición ideológica, muestra estar escrita más que desde el destierro desde la prolongación de la circunstancia bélica. Sin embargo, conviene tener presente que, en lo concerniente al enjuiciamiento de la guerra civil, sobre los expatriados no puede dejar de pesar una "censura" no por invisible menos operante; y que examinar con criterio independiente el acontecimiento que ha desembocado en la emigración sería inmediatamente considerado como una ruptura de la solidaridad entre los expatriados y un "pasarse al otro bando". Solamente interpretaciones de gran calado intelectual, como las que en seguida examinaremos, se sustraen, por sí mismas, a tales "censura" y coacción social. También, gracias al margen de ambigüedad y "juego" que la circundan, la poesía. Léase, por ejemplo, a esta luz, el poema **Retorno de una sombra maldita**, de Rafael Alberti.

Una segunda posición es la de los "moderados", como Sánchez - Albornoz o Madariaga, los cuales reconocen los "trágicos errores" del régimen republicano y piden la reconciliación, la tolerancia, la paz entre todos los españoles. Pero es claro que ni esta posición ni la beligerante antes mencionada nos interesan aquí, porque, aparte de ser estrictamente políticas, no brotan de la experiencia misma de la guerra, la derrota y el destierro, sino que se limitan a reiterar actitudes previas, la segunda de las cuales puede resumirse en caso a mí".

Por el contrario, las interpretaciones de Francisco Ayala y de Américo Castro (y acaso otras también que yo no conozca) merecen consideración detenida por plantearse el problema de forma radical. Problema en el que se entrecruzan y envuelven mutuamente dos temas distintos, aunque no siempre fácilmente separables: la interpretación de la guerra civil y la interpretación de España desde la guerra civil, desde su experiencia. En Ayala, como sociólogo, predomina el primer punto de vista; en Castro, como historiador, el segundo. Pero repito que no son completamente disociables.

El pensamiento de Ayala ha accedido a la guerra civil principalmente por la vía de la novela (61 bis). En cuatro relatos breves —**El mensaje, El Tajo, El regreso** y **La cabeza del cordero**— ha intentado dar expresión directa y viva a la experiencia de la guerra española. Pero antes se ha preguntado por qué nuestras letras no han acometido —o lo han hecho de modo insuficiente y a menudo inauténtico— el tema más importante —tan cargado de posibilidades literarias también, como lo muestra la obra de escritores extranjeros— de la historia contemporánea de España. Es, se contesta él mismo, que cada uno de nosotros, cuando no hablamos en tono convencional o partidista, tendemos a soslayar el hecho tremendo que nos implica, lo mismo a los de un lado que a los del otro, e inclusive a los que no han derramado, directa o indirectamente, sangre hermana, a los que no alcanza responsabilidad aparente en los trágicos sucesos, en una culpa secreta e inexplicable. Todos nos sentimos envueltos en esa realidad humana, fratricida, brutal, y separados por un "Tajo". Todos somos — aunque tratemos de olvidarlo— protagonistas y responsables de esta tragedia. Por eso nuestra única salida decorosa es la catarsis mediante la "náusea" que nos produce la contemplación, sin velos, sin idealizaciones, sin engaños, del espantable suceso "con una mirada que si no expulsa y suprime todos los habituales prestigios del mal, los pone al descubierto, y de ese modo sutil, con sólo su simple verdad, los aniquila" (62). Tras de lo cual, debe surgir la decisión firmísima de "quebrar el círculo de hierro en que ha encerrado a España la guerra civil", de no "restaurar nada, de no "reincidir en un estado de ánimo correspondiente al pasado", de dar para siempre y con todas sus consecuencias le guerra civil como un hecho histórico; es decir, como sido irremediablemente, pero también como pasado, como "clausurado irrevocablemente" (63).

Américo Castro no se ha propuesto temáticamente una interpretación de la guerra civil, sino de la Historia de España. Pero esta interpretación ha sido posibilitada no sólo, como vimos arriba, por la experiencia del destierro, sino también por la de la guerra y la de una derrota sin esperanza de desquite.

Que la guerra civil ha sido en Castro la "situación" favorable —dramáticamente favorable— para permitirle ver una realidad normalmente encubierta a la consideración desde situaciones apacibles, me parece claro. España, en la concepción de Américo Castro, no es ya una abstracción intemporalmente dada, sino que se ha hecho en la Historia y tuvo su orto precisamente con la Reconquista —"la Reconquista, telar de España"—, como un activismo bélico, como un esfuerzo épico - heroico, para afirmarse frente a un mundo —el Islam — superior en todo "menos en arrojo, valor y expresión épica". Esta lucha no ha dejado tiempo ni vocación para la ocupación con las cosas y, por otra parte, se ha teñido de la actitud ante la vida de los contrarios, igualmente españoles, moros y judíos (vivir en el "será", en la esperanza de la "promesa" y no en la realidad objetiva y presencial). España se ha hecho así "riesgo absoluto", pura "historia de una inseguridad", por eso, al terminar la Reconquista, se vierte inmediatamente a nuevas hazañas bélicas, la conquista de América ( ) y la Contrarreforma. Ahora bien: si España es lucha, se pregunta uno: ¿Desde qué situación se podía entenderla tan bien como desde la lucha, desde la guerra? y viceversa, el presente bélico (la guerra civil, lógicamente, continúa estando mucho más "presente" para los emigrados que para nosotros), ¿cómo comprenderlo plenamente, en su desconcertante singularidad, si no es la luz de este pasado frenético?

Más evidente aun se me antoja el condicionamiento de esta concepción por la derrota total que no deja resquicio alguno a la esperanza. En efecto, según Castro, en Espana no hay sino esta "vida en la creencia", ya petrificada, pero, por lo mismo, no menos resistente, y, en debil oposición a ella, la creacion de un ámbito ideal de ilusionismo que se ha derrumbado siempre al primer embate: los jerónimos, los conversos, los erasmistas, los filósofos y escriturarios del siglo XVI, los racionalistas y educadores del XVIII, los afrancesados, krausistas y europeizantes del XIX, habrían ido encarnando sucesivamente, a lo largo de la Historia, este ilusionismo fatalmente abocado al fracaso. Hoy lo representan los emigrados ( ). Y el trágico conflicto de España es siempre el de **querer ser de un modo y tener que ser de otro** ( ). Obsérvese —comentamos nosotros— que aquí se repite el círculo hermenéutico sobre el que hace un momento llamábamos la atención: la Historia se comprende desde la derrota, pero a su vez ésta se "explica" por el determinismo (o cuasideterminismo, en la discusión del término no hemos de detenernos) historicistas:

"Vista a esta luz, la guerra civil (1936 - 1939) ha sido la lucha entre la vieja religiosidad hispánica, petrificada por los siglos, y un ensayo de nueva religiosidad, de creación de otra órbita trascendente, vaga y nubosa, en la cual se combinara el "me da la gana" español con un proyecto utopico de felicidad universal. Lo restante fueron anécdotas frívolas, servilmente calcadas del extranjero" ( ).

Nada más ajeno a nuestro actual propósito que el discutir, y ni siquiera examinar a fondo, tales tesis. Lo único que intentábamos, de acuerdo con la idea que ha presidido estas páginas desde su título mismo — hacer ver que se ha dado una mudanza espiritual importante en los intelectuales emigrados, y que esta mudanza pende de la experiencia de la derrota y de un destierro al que no ven fin—, creo que está cumplido.

FINAL

Por supuesto, los emigrados españoles de la guerra civil no son, ni mucho menos, los únicos expatriados que andan hoy por el mundo. Vivimos una época de éxodo, en la cual millares y millares de hombres se han visto forzados a abandonar su hogar y su patria. Añadanse a ellos todos cuantos voluntariamente han emigrado, sobre todo a América. Antes solamente abandonaban su país quienes nada poseían. Hoy entre los emigrantes, voluntarios o forzosos, figuran personas consagradas como de excepcional valía. Particularmente los Estados Unidos —también Rusia— van atrayendo a los intelectuales, científicos o sabios más distinguidos de cada país. Semejantes desplazamientos, minoritarios y colectivos, ¿constituyen un mal o un bien? A primera vista diríase que más bien lo primero. Arrancan al hombre de su suelo para zarandearle por el mundo, desligarle de los suyos y sumergirle en una circunstancia dentro de la cual continuará siendo, para siempre, un extraño, un desarraigado. Sin embargo, hay quien piensa que esta desnacionalización puede rendir un buen fruto. Los emigrados están llamados a preparar la conciencia del mundo para el tránsito del antiguo sentimiento natural de patria y del moderno sentimiento político de nación, a un amplio, universal sentido racional de "humanidad". Hoy, que empieza a comprenderse la necesidad de superar las estrechas vinculaciones nacionales, nadie puede prestar un servicio más estimable que el de los emigrados. Ellos, no por virtud, sino por necesidad, ya las han superado, y son, quiéranlo o no, mucho más "ciudadanos del mundo" que de su perdida nacionalidad. Se han convertido así en los precursores de las nuevas estructuras —Europa, Occidente, etc.— que habrán de reemplazar a los Estados nacionales soberanos. En ellos lo peculiar, lo distintivo, lo "nacional", debe ir poco a poco borrándose hasta que sólo quede, puro y desnudo, lo universal, lo genérico, lo "humano".

No es ésta la ocasión de enjuiciar semejante concepción, para la cual la hermandad entre los hombres ha de lograrse nivelándolos a todos en una abstracta igualdad, conseguida por el procedimiento de que, destiñendo de sus colores propios, se vuelvan todos "grises". Porque una cosa es que los pueblos, conociéndose, aprendan a estimarse mutuamente e incluso a recibir de los demás aquello de que carecen, y otra muy distinta propugnar el ideal de que, con el roce cosmopolita, pierdan su personalidad y se vuelvan intercambiables.

Comoquiera que sea, lo que aquí nos importa es que los intelectuales españoles expatriados no llevan camino de desleírse en lo "occidental", lo "humano" o cualquier otra categoría obtenida por evacuación de la españolidad. Ya lo hemos ido viendo a lo largo de las anteriores páginas: la emigración, lejos de desarraigarlos, los vincula cada día más. Lo cual no significa, de ningun modo, que no puedan contribuir eficazmente a la creación de esa conciencia supranacional, más necesaria cada día. Precisamente a este propósito ha hablado Ayala, con razón, de "nuestra conservada impregnación cultural católica, es decir, ecuménica, universalista - humana" ( ). Pero creo que su aportación no consistirá en dejarse "europeizar", "americanizar" —, sino, como quería Unamuno, en lo contrario: en hacer efectiva la presencia hispánica en el mundo futuro. Tal característica es común a todos los emigrados de que nos hemos ocupado. Un hombre como Gaos, que por su vocación y las tareas concretas que ha debido asumir diríase de los más "transespañolizados", tiene buen cuidado en dejar bien sentado que el ideal histórico de los países de lengua española no debe ser el de "su dependencia de la modernidad extranjera" ( ). Esta exigencia de españolidad activa cobra singular relieve en Ayala, quien, tras subrayar "nuestra insolidaridad radical con un proceso disociador que ha conducido a la catástrofe" ( ) afirma que "como hispánicos tenemos que estar, una vez concluída la guerra (se refiere, como es obvio, a la última mundial), en contra de sus ganadores" (71), y termina apuntando la esperanza de que España aliada a Portugal, llegue a organizar el Occidente latino dentro del nuevo sistema de poderes ( ). En fin, Américo Castro se produce desde una perspectiva muy diferente, no política, sino de "forma de vida", pero sus palabras están sostenidas y tensas por la grande, dramática y plenamente compartida "vividura" española. La existencia de España ha sido esencial a Europa, y lo que ella significa es, por poco "práctico" que parezca, tan alto, por lo menos, como lo más alto ( ).

Es hora ya de terminar. Al principio de este estudio nos trazamos dos objetivos: hablar de los intelectuales emigrados y hablar con ellos. De ellos hemos hablado haciendo ver cuán decisivamente ha pesado en su vida espiritual, y en qué sentido, la amarga esperiencia del destierro. ¿Hemos hablado también con ellos? Yo diría que apenas hemos hecho sino empezar a hablar. Hemos transmitido, espero que con fidelidad y un cierto orden, lo que de ellos hemos escuchado. Creo que toca a otros compatriotas, aquí o allá, proseguir el diálogo.

Las Calles de La Paz

CORONEL LUIS EMILIO AGUIRRE

LA ZONA de Villa Pabón, antiguo cerro del Agua de la Vida, que después se llamó también Colina 17 de abril en homenaje al día en que el aviador Hudson hizo el primer vuelo en el avión "Wasp", borrando el mito de que la aviación en las alturas de nuestro altiplano era imposible, posee el privilegio máximo de tener casi todas sus calles con los nombres —de los héroes del Chaco. Una de esas calles lleva el nombre del Coronel Luis Emilio Aguirre; comunica, por la parte posterior al Mirador de Nuestra Señora de La Paz, las calles Mayor H. Valdez y Coronel Jordán.

El Coronel Luis Emilio Aguirre, nació en la ciudad de La Paz el 6 de octubre de 1895 y murió heroicamente el 5 de agosto de 1932 al ocupar el fortín Boquerón con los destacamentos que se encontraban a su mando. Sus restos descansaban en el Fortín Muñoz en un pequeño mausoleo que ocupaba la parte central del humilde cementerio de los Héroes y posteriormente fueron trasladados al seno de la Patria.

Como militar, el Coronel Aguirre, fué un brillante Oficial de Infantería, comandó algunos Regimientos de su arma, luego ocupó un cargo en el Estado Mayor y fué Director de la Revista Militar, también ocupó el cargo de Intendente de Policía de La Paz.

TENIENTE ANTONIO AREVALO

Esta calle se encuentra también en la Zona de Villa Pabón, nace en la Avenida de la Bandera y sube cruzando la calle Coronel Jordán unas dos cuadras hacia los cerros de Killi Killi.

En las fiestas del 16 de Julio de 1932, la ciudad de La Paz celebraba un aniversario más de la Revolución de 1809, con una Feria Exposición y un Concurso de Belleza Nacional; el entusiasmo popular fué interrumpido por alarmantes noticias que llegaban del lejano Chaco, donde escaramuzas entre bolivianos y paraguayos, estaban caldeando el ambiente y poniendo a dos pueblos hermanos al borde de un conflicto bélico. Poco a poco estas malas noticias se fueron confirmando y se supo que el Teniente Antonio Arévalo, juntamente con algunos soldados habían sido atacados en un pequeño Fortín en Laguna Chuquisaca, que era un antiguo puesto paraguayo llamado Pitiantuta y que había sido ocupado a mediados de junio de 1932 por el Mayor Oscar Moscoso. El día 15 de julio de ese mismo año un destacamento paraguayo comandado por el Capitán Abdón Palacios, después de un combate de más de tres horas tomó el indicado Fortín, y entre los bravos defensores encontró al Teniente Arévalo, que había caído heroicamente, siendo el primer oficial boliviano muerto en la Campaña del Chaco. El Ejército Boliviano como represalia ocupó los fortines paraguayos: Corrales, Toledo, Boquerón, Falcón y Florida, con lo que comenzó la guerra del Chaco.

El Teniente Antonio Arévalo, había nacido en Tapacarí, el 15 de enero de 1908, estudió en el Colegio Militar de La Paz, de donde egresó con el grado de Subteniente el 15 de diciembre de 1928, siendo destinado a un Regimiento de Infantería y luego a las guarniciones del Chaco donde viajó a principios de 1932, muriendo heroicamente en la defensa de Laguna Chuquisaca. El Gobierno Nacional le otorgó el ascenso póstumo a Teniente como un homenaje a su bravura y premio a su heroica acción.

R. S. M.